



## El aleteo del lepidóptero. La reincorporación de la historiografía española al entorno de la profesión en Europa en los años cincuenta<sup>1</sup>

MIQUEL A. MARÍN GELABERT<sup>2</sup>

«¿Qué se siente en el momento de la eclosión? Hay, seguramente, un arrebato de pánico que sube a la cabeza, una extraña excitación que provoca sofoco, pero enseguida los ojos se abren y ven, y en un flujo de luz la mariposa ve el mundo, ve la cara enorme y terrible del entomólogo boquiabierto.»

VLADIMIR V. NABOKOV

La afición del escritor ruso Vladimir Nabokov por la colección y el estudio de los lepidópteros no repercutió únicamente en su obra especializada –combinó durante su estancia en Estados Unidos el status de profesor de Literatura en Wellesley con el de investigador en el Departamento de Entomología del Museo de Zoología Comparada de Harvard– sino también, y de forma acentuada, en su visión del mundo

y en la utilización de imágenes narrativas intensamente expresivas y reveladoras. Dos grupos de estas imágenes nos interesan en particular por su precisión en la comprensión de los procesos de metamorfosis y en la simbología del encuentro.<sup>3</sup>

En este sentido, la imagen nabokoviana del aleteo del lepidóptero en el contexto inicial de *Lolita* designa en primer lugar un estado de shock, un momento de duración, en el encuentro original entre Humbert Humbert, el maduro y refinado profesor de literatura, y Lolita, el elemento catalizador de sus sensaciones que, como señala Félix de Azúa, se convierte a partir de ese momento en una extraordinaria vivisección de la adolescencia y su interacción en los procesos de madurez a través de su propio desarrollo.<sup>4</sup> Humbert Humbert y Lolita se convierten así, en palabras de Ellen Pifer, en epítome actualizado de Victor Frankenstein y su creación.<sup>5</sup> Lepidóptero y entomólogo, ninfa y monstruo, inician de esta forma un juego imbricado y profundamente significativo.

Los años cincuenta representan la primera fase, el primer momento, de una metamorfosis esencial en la historia de la historiografía profesional española del siglo XX tras la ruptura bélica. Son también el momento del reencuentro inicial con la comunidad internacional —principalmente europea—, abandonada tras la guerra civil, que a partir de estos años recuperaría la observación de la historia de España como un extraño y exótico lepidóptero objeto de disección y de fascinación. Por contra, maravillado por el primer flujo de luz que recibe del mundo exterior, el lepidóptero hispano iniciará las subsiguientes etapas de su metamorfosis hacia la madurez de la mano del entomólogo boquiabierto, del cual irá adoptando formas, mimetizando actitudes y prácticas, a partir de un proceso de ósmosis no siempre exitoso.

Más allá de las concomitancias entre Humbert Humbert y Victor Frankenstein —entre la seducción de la ninfa o del monstruo—, de la comprensión de este proceso original derivará la comprensión de alguna de las facetas más ocultas de la construcción de la profesión histórica en España a partir de la disolución del primer franquismo, un ejemplo de las cuales sería el modo en que se produjo la adopción de corrientes teóricas y metodológicas del entorno europeo y cómo esta adopción intervino en forma de capital simbólico en el momento de «refundación» de la profesión en el entorno del cambio democrático y al menos hasta los primeros años noventa del siglo pasado.

En este estudio, sin embargo, pretendemos ofrecer exclusivamente un primer esquema del proceso de restablecimiento de las relaciones entre la historiografía española y europea atendiendo a su naturaleza y dinámica, es decir, el proceso de normalización exterior de las prácticas, en el marco de la coyuntura de los años cincuenta. La propia construcción de este objeto de investigación supone huir de paradigmas formalistas en un intento de superar el análisis textual en favor de la investigación de la disciplina histórica en términos históricos y con ello, asumiendo la necesidad de analizar los procesos sociales que afectaron a la profesión y a sus prácticas.

En un artículo publicado hace apenas tres años, en el marco de una fructífera polémica mantenida con Hayden White, el historiador estadounidense nacido alemán Georg G. Iggers<sup>6</sup> señalaba que en las últimas décadas se han impuesto dos orientaciones principales en la investigación de la historia de la historiografía. Estas dos *orientaciones*, a las que podríamos ascender al grado de paradigmas porque representan formas opuestas de concebir la disciplina, organizadas en torno a una conceptualización diferente, con formas diferentes de organizar los objetos de investigación, de ordenar y valorar las fuentes y con objetivos últimos diferentes, se ejemplifican en la obra de Jörn Rüsen<sup>7</sup> y su escuela, por una parte, y en la obra de Hayden White,<sup>8</sup> por otra.

La diferencia original entre los dos paradigmas reside en que mientras Rüsen y su grupo conciben el objeto de la historia de la historiografía como la historia científica –*wissenschaftlich*– de una disciplina científica –*Geschichtswissenschaft*–, para White así como para un importante grupo de analistas historiográficos, la historia de la historiografía debe ser imaginada como una forma de literatura, de *arte*, en el sentido emanado de la tradición teórica anglosajona. Esta diferencia inicial incide en las estrategias investigadoras hasta el punto de determinar formas diferentes de concebir las ideas históricas de *objetividad* y *verdad*.<sup>9</sup> El «paradigma Rüsen» intenta reconstruir la estructura profesional y académica de la historiografía para acceder finalmente a las *matrices disciplinares*, protagonistas y responsables de los fenómenos de cambio científico. Su objetivo esencial es el rastreo del proceso de racionalización de la actividad investigadora en forma de cientifización –*Verwissenschaftlichung*–. Esta concepción, basada en la asimilación crítica de la obra de Thomas S. Kuhn y en menor medida de Max Weber, se desarrolla a través de una investigación que interrelaciona tres objetos principales: cientifización, profesionalización y modernización, lo que implica aunar enfoques sociales, institucionales, políticos y discursivos y plantear investigaciones a largo plazo.

En frente, el «paradigma White» sin desprestigiar los logros alcanzados por la investigación académica, descansa en la investigación de los recursos lingüísticos del discurso historiográfico asumiendo un método formalista que parte de la imposibilidad acceder objetivamente a una relación entre el texto y la realidad, y con ello también la imposibilidad de refutar ni impugnar las generalizaciones históricas puesto que suponen construcciones ajenas a la ella.<sup>10</sup>

Mi propio análisis de la estructura profunda de la imaginación histórica del siglo XIX –escribirá White– intenta aportar un punto de vista nuevo sobre el actual debate acerca de la naturaleza y la función del conocimiento histórico. Procede en dos niveles de investigación. Primero, intenta analizar las obras de maestros reconocidos de la historiografía europea del siglo XIX, y segundo, las obras de los principales filósofos del mismo periodo. Un propósito general es el de determinar las características familiares de las diferentes concepciones del proceso histórico que efectivamente aparecen en las obras de los narradores clásicos. Otro objetivo es el de establecer las distintas teorías posibles con que

justificaban el pensamiento histórico los filósofos de la historia de esa época. Para alcanzar esos objetivos consideraré la obra histórica como lo que más manifiestamente es: una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo o una imagen de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*. [...]

Su categorización como modelos de la narración y la conceptualización históricas depende, finalmente, de la naturaleza preconceptual y específicamente poética de sus puntos de vista sobre la historia y sus procesos...<sup>11</sup>

A partir de aquí, el estudio de la normalización de las prácticas en una comunidad profesional, en sus facetas interior y exterior, en un contexto de cambio social y político debe englobarse en el desarrollo del primero de los paradigmas. El acceso investigador a los procesos sociales del desarrollo de la profesión, su función en la vida pública y sus posibilidades efectivas de promoción y desarrollo resulta imprescindible como base para investigaciones que puedan abordar los recursos discursivos y con ello, el acceso a la construcción científica y social de las categorías históricas.

Desde nuestra perspectiva, un proceso de normalización implica la creación de normas implícitas y explícitas que organizan la práctica profesional. Es decir, la formación paulatina de las condiciones necesarias para la estructuración de una comunidad historiográfica profesional en sus formas de sociabilidad, intercambio y reproducción, en el contexto de un entramado legal y de una geografía académica que determinaba el desarrollo de la actividad del historiador, el despliegue de sus expectativas y la proyección de sus carreras.<sup>12</sup> Todo ello determina, finalmente, los umbrales del desarrollo posible de los procesos y las formas de cientifización, profesionalización y modernización.

Así pues, en este texto pretendemos calibrar el calado y la significación de las formas iniciales de acceso de la historiografía profesional española a la comunidad internacional. Estas formas iniciales delimitaron los contornos de un proceso que, en su primera fase hasta los años centrales de la década de los sesenta, sentó las bases de una mutación estructural que conduciría a una nueva racionalidad –cientificidad–histórica, propiciaría cambios esenciales en la concepción de las prácticas profesionales y contribuiría, en último término, al inicio de una modernización sin retorno de la historiografía española. Sin embargo, este proceso inicial de normalización exterior operó íntimamente en relación con la normalización interior de las prácticas, lo que produjo una serie de tensiones que no deben ser soslayadas.

## 1. La normalización de las prácticas

Las instituciones son siempre el más visible de los elementos caracterizadores de un proceso de *normalización*. Y en este sentido, en la medida en que el análisis de una estructura es siempre en realidad el análisis de un proceso de estructuración, el proceso de institucionalización posbélica de la alta cultura determinó en la España del primer franquismo las condiciones necesarias para la práctica profesional de la Historia.

En el contexto de definición de su *teoría de la fiabilidad* en el mundo contemporáneo, el reciente Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, el británico Anthony Giddens<sup>13</sup> afirmaba que:

Ante todo deseo completar la noción de *desanclaje* con la de *reanclaje*. Con esto quiero decir la reapropiación o disposición de las relaciones sociales desvinculadas, para relacionarlas con (aunque solo sea parcial y transitoriamente) las condiciones locales de tiempo y lugar. Deseo también distinguir entre lo que llamaré «*compromisos de presencia*» y «*compromisos anónimos*». Los primeros se refieren a las relaciones de fiabilidad sostenidas por, o expresadas en, las conexiones establecidas dentro de circunstancias de presencia mutua. Los segundos conciernen al desarrollo de la fe en las *señales simbólicas* o los sistemas expertos a los que denominaré conjuntamente «*Sistemas abstractos*». En términos generales, la tesis que deseo elaborar aquí es que todos los mecanismos de desanclaje interactúan en contextos en que la acción ha sido reanclada, lo que a su vez puede servir, bien para sustentarlos, o, en caso contrario, para minarlos; y que los compromisos anónimos están similar y ambiguamente entrelazados con esos otros que requieren la presencia [...]<sup>14</sup>

La situación social de la comunidad historiográfica española en el seno de lo que Juan José Carreras ha denominado «el entorno ecuménico de la historiografía»,<sup>15</sup> entre los últimos años cuarenta y los años centrales de la década de los sesenta cae dentro de la significación de los procesos de reanclaje observados por Giddens. Y más allá, en el interior del país, las diferentes microcomunidades historiográficas definidas con anterioridad a la contienda bélica, bien a través de situaciones relacionadas con su propio pasado histórico bien a través de circunstancias disciplinares, mostraron comportamientos derivados de situaciones de desanclaje y reanclaje social en la profesión, con todo el conjunto de contextos políticos, metodológicos y de poder social derivados. En términos generales los años cincuenta son, por así decirlo, años de reanclaje, de tentativas estatales de producir una cohesión interna de la profesión políticamente dirigida y de diversos intentos de normalizar las relaciones internas desde la propia profesión con contenidos homologables al entorno europeo.

Este proceso de normalización como dinámica de estructuración de las prácticas, sin embargo, mostró diferentes facetas. Las dos más claramente diferenciadas son las que atienen a su ámbito de proyección: la interna y la externa. Ambas utilizaron estrategias diferentes, medios desiguales y protagonistas distintos.

A causa de una naturaleza de relaciones de evidente disimilitud, el reanclaje internacional de la historiografía española utilizó tres medios esenciales. Primeramente, a través del inicio de la reanudación de una importante actividad hispanista, que daría lugar a una masiva visita de historiadores extranjeros en los principales archivos españoles. Al mismo tiempo, esta presencia permitiría el reestablecimiento de relaciones personales muy fructíferas en décadas posteriores. Dos de los ejemplos más conocidos por repetidamente publicados son los del británico John Elliott,<sup>16</sup> que en 1950 iniciara sus primeras investigaciones en el Archivo General de Simancas y en 1953 visitara a Jaime Vicens Vives —a quien ha reconocido en varias ocasio-

nes como «maestro y mentor»– e iniciara su relación con el grupo del *Índice Histórico Español* y los *Estudios de Historia Moderna*; y el del estadounidense Gabriel Jackson,<sup>17</sup> casi una década más tarde. Aunque en realidad los ejemplos se multiplican.

En segundo lugar, operó mediante la reanudación de las estancias de investigadores en el extranjero, con Francia, Italia y el Reino Unido como principales centros de acogida, y un conjunto de importantísimos «compromisos de presencia» a través de un reducido grupo de historiadores de prestigio bien situados en las instituciones receptoras, ejemplo de los cuales serían el Fernand Braudel o Pierre Vilar, que acogerían en la *École Pratique des Hautes Études* de París un número relevante de jóvenes profesionales que con el tiempo alcanzarían un importante prestigio profesional.<sup>18</sup>

Y por último, el reanclaje operó sobre la renovada asistencia de historiadores españoles en lugares comunes de la carga simbólica del Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París en 1950, las *Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sul'alto Medioevo* de Spoleto, la *International Conference of Economic History* de Estocolmo de 1960 o el *Colloque Internationale de Demographie Historique* celebrado en abril de 1963.

La normalización interna, no obstante, es la que denota con más claridad los límites del desarrollo de la historiografía española del momento al tiempo que precisó las pautas y las expectativas a corto plazo en la normalización exterior. Cuatro son los elementos cuyo control estatal delimitó la dinámica el proceso.

El primero de ellos, como resulta evidente, es la construcción institucional de la alta cultura en los años cuarenta, su desarrollo último en la primera mitad de la década siguiente y su crisis en los últimos cincuenta determinó el entorno fundamental en el que se desarrolló el historiador.

La estructura institucional es esencial en un proceso de normalización comunitaria porque la labor del historiador se realiza siempre en el seno de las instituciones, en el sentido en que cursa una Licenciatura universitaria especializada, se inserta en el mundo de la investigación a través de la dirección *institucional* de un profesional y a través de los Archivos históricos estatales, realiza una Tesis Doctoral con el objetivo de ascender en la escala social de su comunidad científica, publica a través de órganos de difusión más o menos permanentes y reconocidos institucionalmente (revistas, colecciones, editoriales) etc. Ellas establecen la pauta de su trabajo y establecen las posibilidades del mismo: *normalizan*. Así, muchos de los *hechos* de los que, como historiadores de la historiografía, tenemos presencia heurística y podemos registrar son en realidad lo que John Searle denomina «hechos institucionales».<sup>19</sup> Un hecho institucional es, esencialmente, el que posee una estructura basada en *reglas*, esto es, expresiones codificadas de una función de atribución que determinan fenómenos de intencionalidad en un contexto específico. La regulación institucional resulta de capital importancia porque es la que asigna a objetos, situaciones,

imágenes, expectativas, intenciones, actitudes y acciones un significado particular distinto al que la naturaleza de los mismos indica.

Existirían dos tipos de reglas cuya atención es necesaria. De un lado, atenderíamos las reglas *normativas*, que encauzan situaciones preexistentes. Y de otro, a las reglas *constitutivas*, que crean las situaciones que de ellas se derivan.

En este sentido, el Decreto del Ministerio de Educación Nacional de 25 de julio de 1954 que en su artículo 1º señala: «a partir del curso 1954-1955 todas las Universidades españolas podrán conferir el grado de Doctor en las Facultades y Secciones que las integran»,<sup>20</sup> supone una *regla* explícita a tener en cuenta. La colación del grado de Doctor, antes monopolizada por la Universidad Central, se hace accesible a las demás instituciones universitarias. Si el Decreto no hubiera aparecido permanecería la vigencia de los Decretos dictados el 29 de abril de 1944 y el de 6 de noviembre de 1953. Una visión superficial, en consecuencia, identificaría en ella un ejemplo de regla *normativa* ya que se regula una actividad anterior. En cambio, la nueva regulación de una actividad preexistente varió con el tiempo la estructura profunda de la práctica. Se convertiría con ello en una regla *constitutiva* de la nueva práctica. A partir de entonces el *hecho institucional* que representa producir y leer una Tesis Doctoral modificó una buena parte de las intenciones, acciones y expectativas de jóvenes profesionales y de los profesionales consolidados. Muchos catedráticos que antes no habían podido dirigir asiduamente tesis, puesto que ello requería un cierto peso *en Madrid*, lo harían ahora, produciéndose con ello un incremento de su poder social y de su relevancia académica,<sup>21</sup> siendo incluso un acicate más para la formación de escuelas disciplinares localizadas y contribuyendo, en la perspectiva de una década y media, a modificar las reglas no explícitas de reproducción del profesorado universitario.

Se *normalizó*, en síntesis, una nueva actividad: primero se habían creado los cursos monográficos de doctorado, luego se podría defender la Tesis en la Universidad de origen, y con ello, el marco de actuación del conjunto de normas no escritas que la desarrollarían (las relaciones de poder o fiabilidad, influencias teóricas y metodológicas, nueva relevancia de archivos locales, aumento de la población investigadora, etc.); y, a la postre, se produjo un cambio institucional relevante en la medida en que reemplazó una parte del juego de las codificaciones normativas.

Es decir, junto a la regulación explícita, los actos institucionales poseen a menudo reglas implícitas que delatan la apariencia del segundo nivel estructural de la noción de institución: la intencionalidad.

La formación de un tribunal de oposiciones a Cátedra en el contexto institucional de la Universidad española en los primeros cincuenta posee un conjunto importante de reglas normativas (lugar, momento y función de la Cátedra convocada; méritos necesarios para optar a ella; atribuciones de sus miembros; modalidades procedimentales; analogías de Cátedras en los concursos de traslado, etc.) pero el juego político de conveniencias, protecciones, escuelas, turnos y enemistades repre-

sentaba en la realidad un conjunto de normas mucho mayor. Si la *regla* atribuye una función a un objeto es porque entre los actores existe un proceso intencional, lo cual implica conciencia compartida.

Así pues, el segundo de los elementos de normalización interna (la práctica histórica) requiere, en consecuencia, la conciencia de las reglas escritas y no escritas de la comunidad que comparte la *intención colectiva*. Esta implica, a su vez, relaciones individuales en el seno de la comunidad en términos de cooperación con la finalidad de establecer las condiciones de satisfacción sobre las que se base la actividad global.<sup>22</sup> Las relaciones en el seno de la comunidad universitaria, por ejemplo, se establecen sobre un marco regulador codificado (explícita o implícitamente) y conocido en mayor o menor medida por los individuos, lo que determina diversos niveles de satisfacción: el alumno persigue la licenciatura, el personal docente persigue el despliegue de su *carrera académica* y su labor profesional, y la institución, su propia reproducción. No son, evidentemente, las únicas *intenciones* institucionalizadas y por tanto existen otras condiciones de satisfacción que deberían ser atendidas (expectativas a largo plazo, coyunturas políticas, etc.).

Cuando nos hallamos ante la identificación de las reglas sociales explícitas, su comprensión (bien sean normativas o constitutivas) depende de su acceso objetivo. En cambio, el reconocimiento de las reglas no escritas puede ser dificultoso, más cuando la comprensión de una institución (p.e. la Universidad) supone en realidad el acceso a conjuntos de reglas escritas interrelacionadas *ad infinitum* y la progresiva iniciación en las no escritas, lo cual conecta con el concepto de *fiabilidad* utilizado por Giddens en otro contexto<sup>23</sup> y con la propia historicidad institucional. La fiabilidad respecto de personas y asociaciones (*en la correcta actuación de las instituciones más que en su funcionamiento como tal*)<sup>24</sup> podría explicar una parte de las relaciones sociales en el seno de las instituciones (agrupaciones, compromisos, protecciones). De ahí que podamos hablar de *institucionalización*<sup>25</sup> al abordar la aparición de escuelas disciplinares en la práctica histórica.

Y consiguientemente, el reajuste de las escuelas disciplinares observado durante la crisis de las instituciones de la alta cultura a partir de la segunda mitad de los cincuenta –tercer elemento– será uno de los procesos más significativos en la *normalización* de la práctica historiográfica y tendrá una responsabilidad efectiva en el desarrollo de la práctica historiográfica posterior.

Las situaciones y acciones establecidas en el interior de las escuelas descansan en condiciones de fiabilidad (se confía en el magisterio profesional de un Catedrático, en la colaboración intelectual del grupo, en la protección y promoción social, etc.) con el objetivo de la mutua satisfacción (iniciación, promoción general, poder académico o disciplinar), lo que se traduce en la institución de compromisos, que pueden ser *anónimos* o de *presencia* en la medida en que la fiabilidad recaiga en relaciones de conexión establecidas respecto a *sistemas simbólicos (abstractos)* o a condiciones de presencia mutua (p.e. se confía en que el prestigio del Catedrático *abra puertas* al discípulo).

Y ambos tipos de compromisos determinan vínculos de anclaje, desanclaje y reanclaje en las relaciones sociales generales en un momento y lugar determinados. En este sentido, como ha señalado Giddens:

todos los mecanismos de desanclaje interactúan en contextos en que la acción ha sido reanclada, lo que a su vez puede servir, bien para sustentarlos, o, en caso contrario, para minarlos [...]

En este sentido, los compromisos anónimos estarían, en consecuencia, «similar y ambiguamente entrelazados con esos otros que requieren la presencia».<sup>26</sup>

De nuevo el proceso observado por las escuelas historiográficas parece el más apropiado para ejemplificar la aplicación investigadora de esta teoría. Los compromisos de presencia (dirección científica, auxilio en la publicación, asistencia a congresos) se entrelazan con los compromisos anónimos (promoción de las ideas del grupo a través de recensiones, despliegue de la fama y el prestigio, jerarquización de referencias disciplinares, etc.) determinando situaciones de relación profesional que implican anclajes y desanclajes en un contexto determinado. Pero las relaciones no son únicas ni unidireccionales, con lo que la ubicación de grupos y familias implica también fenómenos de reanclaje.

Con este marco teórico habría de analizar, por ejemplo, la formación y dinámica de escuelas que, como la de Jaime Vicens Vives, convivieron en ambientes políticos muy distintos a través de la interposición y el cultivo de relaciones personales de tal modo que su trayectoria ha permanecido entre la incógnita y vaguedad interpretativa produciendo formulaciones tan dispares como las que caracteriza a su protagonista como *exiliado interior*,<sup>27</sup> *centrista*<sup>28</sup> o como *progresista opositor*.<sup>29</sup>

Por otra parte, debemos reconocer que el vínculo *institucional* de causalidad regla-acción no es automático. Cuando, tras 1955 y en los años inmediatos, se abrió la posibilidad de leer la Tesis Doctoral en la Universidad de origen, no se produjo el efecto de disminución de las Tesis leídas en la Central, ni acaso el rápido aumento de las Tesis leídas en las universidades periféricas. El hecho institucional de *leer una tesis* dependía de un conjunto adicional de normas que nos conducen a lo que Searle denomina *Background*, que en ocasiones ha sido traducido como «las capacidades de trasfondo»<sup>30</sup> y que nosotros identificaríamos con el concepto de *Überlieferung* (tradición) gadameriana y, en síntesis, con el conjunto de situaciones y contextos explícitos en términos de historia de la institución más que en términos de codificación explícita.

El acceso a las normas es en realidad un proceso de capacitación que conduce a una adecuación institucional de doble sentido de modo que se podría definir el *Background* como un conjunto de prácticas, capacidades, hábitos y actitudes que permiten a los contenidos intencionales realizarse de diversas maneras. En el caso de la Historia parece evidente que una parte importante del mismo es en realidad el proceso de *profesionalización*. Viene a ser el *saber qué* y el *saber cómo*; una forma de aculturación de un individuo en una sociedad (comunidad) particular. Y esta acul-

turación –cuarto elemento de normalización– será encauzada hacia un ajustamiento del individuo, sus capacidades y las reglas que lo envuelven con el objetivo de establecer un paralelismo entre dicho *background* y la estructura simbólica de la institución. Las instituciones poseen su propia *tradición* que conecta con las intenciones individuales acercándolas a la intención colectiva y ésta debe ser interpretada por el historiador de la historiografía.

En la medida en que las reglas sean conocidas y aceptadas, las intenciones sean satisfechas y la coordinación de las acciones sea dinámica, la institución se hallará en un momento de consolidación o crisis. En caso contrario, la colisión entre las reglas institucionales (principalmente públicas) y las intenciones individuales de los actores conduce a la desadecuación y a la necesidad de un ajustamiento interactivo.

La institución es preexistente a la intención colectiva, las reglas van modificándose y la tradición es el puente que permite el ajustamiento, pero la colisión es a veces inevitable y la ruptura es posible. En esta situación habría que insertar el establecimiento de *contrainstituciones*, un ejemplo de las cuales, para el periodo que nos ocupa, podría ser el Centro de Estudios Históricos Internacionales, cuyos *anclajes* y *compromisos* fueron variando en la medida en que la *intención colectiva* del grupo se acercaba y alejaba coyunturalmente de las instituciones estatales (accesos a Cátedra, colaboración con el CSIC).

En el caso del Consejo Superior de Investigaciones Científicas o de la Universidad en la segunda mitad de los cincuenta y primera mitad de los sesenta, con claros síntomas apreciables desde el comienzo de la década, el alejamiento de las reglas institucionales respecto de las intenciones individuales (alumnado y también una parte del profesorado y del personal investigador) se hizo visible en las más evidentes manifestaciones de contestación política (producto de la desadecuación de los contenidos de la ficticia *intención colectiva* respecto de las intenciones individuales colectivizadas) pero también en la contestación de las reglas *normativas* y *constitutivas* de cada una de las instituciones y de los hechos institucionales, desde la filosofía de la separación investigación-docencia, hasta las reivindicaciones laborales del profesorado universitario e investigador con la modificación progresiva de reglamentos, categorías, dotaciones, planes de estudios, relación profesor-alumno etc.

Sin embargo, además de las instituciones académicas, de cuya centralidad emana por defecto la ubicación de los demás elementos de análisis, el proceso de normalización se vio íntimamente unido a la evolución de las variables de sociabilidad (seminarios, bibliotecas universitarias, archivos específicos, congresos y cursos orientados disciplinariamente) y a la demarcación de nuevos campos de conocimiento histórico e investigación. O lo que es lo mismo: el despliegue de nuevas regulaciones en la práctica histórica con derivaciones a la práctica historiográfica que de nuevo iban a ser objeto de conflicto entre un Estado fascista que pretendía el control absoluto de la memoria histórica y una comunidad profesional que, esta vez en un nuevo entorno –los últimos cincuenta y primeros sesenta– se despojaría progresivamente del

miedo de la postguerra, propició una fractura definitiva entre quienes aceptaron las *viejas reglas* de la profesión y quienes las dinamitaron.

De una nueva forma de concebir la actividad del historiador, sus objetos y sus prioridades –esto es, de una nueva práctica histórica– devenía un conjunto de nuevas relaciones sociales entre profesionales, debates contra la vieja práctica histórica, lugares comunes, referentes externos y proyección de trayectorias ajeno todo ello al *cursus honorum* preconcebido por el Estado e impuesto por la depuración y la violencia dos décadas antes.

Nuevos grupos de profesionales accedían a una formación en el extranjero sin depender del Consejo, investigaban nuevos temas con el desbroce de nueva documentación o leían sus Tesis sin depender del Catedrático de la Central, y promovían nuevos seminarios y publicaciones no controladas por los mandarines de la profesión.

No obstante, la reacción de la dictadura fascista en la que embarrancaba la actividad del profesional no se hizo esperar, si bien tuvo que ser diferente. Como afirmó el recientemente fallecido Pierre Bourdieu:

Las imposiciones capaces de incluir acciones que contribuyan al progreso de la razón no tienen, las más de las veces, que adoptar la forma de reglas explícitas: están implícitas en los procesos institucionalizados que regulan la entrada en el juego (selección y cooperación), en las condiciones del intercambio (forma y espacio de la discusión, problemática legítima, etc.), en los mecanismos del campo, que, al funcionar como un mercado, aplica sanciones, positivas o negativas, a las producciones individuales según unas leyes absolutamente específicas, irreductibles a las que rigen los universos económico o político, y, por último, y sobre todo, en las disposiciones de los agentes fruto de este conjunto de efectos, ya que la propensión y la aptitud para llevar a cabo la «ruptura epistemológica» están implícitas, por ejemplo, en la lógica del funcionamiento del campo autónomo, ya planteados, del exterior [...]<sup>31</sup>

En definitiva, se abre desde la segunda mitad de los años sesenta un nuevo momento histórico en el que nos hallamos de nuevo ante la necesidad de atender la historicidad de las instituciones y el análisis de este proceso general de normalización como forma de control social de la actividad cultural dirigida a la reproducción de comportamientos, ideas, actividades y cosmovisiones, y en el que la diferenciación progresiva del estudio de las normas, las intenciones y el *background* searliano debe ofrecer las claves interpretativas.

Ahora bien, a partir de este corpus teórico, sin dejar de tener en cuenta los tres elementos esenciales mencionados más arriba, la presente investigación debe observar de forma prioritaria tres circunstancias que fijan el contorno inicial de la naturaleza y la dinámica de la reincorporación. En primer lugar, la importancia de la creación de redes sociales<sup>32</sup> –en este caso, socioprofesionales–. A medida que los historiadores españoles se reintegraron a la dinámica de los congresos y reuniones internacionales, establecieron relaciones personales y vínculos de solidaridad. Con ello,

una de las formas de reanclaje internacional con derivaciones en términos de disciplina o escuela historiográfica, aquel que requirió de *compromisos de presencia*, operó en forma de establecimiento de redes cuya reconstrucción es posible en cierta medida a través de las fuentes todavía a nuestro alcance: expedientes académicos y personales, actas de congresos, registros de servicio archivístico, epistolarios, memorias, etc., cuya efectividad es observable a través de la expansión de fenómenos de intertextualidad e interreferencialidad. En este sentido, al análisis de lo que Christophe Charle denominó recientemente *los muertos de la historia*,<sup>33</sup> debemos unir el estudio de los *vivos de la historia*, es decir, la investigación de las noticias y las reseñas bibliográficas en publicaciones profesionales en el interior y en el exterior con el objetivo de rastrear la circulación de los fenómenos de promoción de las ideas con derivaciones en el reconocimiento y en el prestigio individual y de grupo.

La importancia de la reconstrucción de estas redes reside en que mantienen una relación directa con la geografía de la recepción de temas, enfoques, tendencias y corrientes, y posteriormente, atendiendo a la fortuna académica de sus protagonistas, se relaciona también con la gestión del *capital simbólico* derivado del reanclaje internacional y gestionado en el interior de la comunidad.<sup>34</sup>

De esta primera circunstancia deriva una segunda. Por razones principalmente profesionales las diversas disciplinas históricas partieron de posiciones diversas a la hora de establecer los primeros movimientos hacia la reincorporación. En este sentido, las ventajas comparativas de la prehistoria y la arqueología o las desventajas comparativas del contemporaneísmo determinaron cronologías y formas diferentes de reincorporación. De igual manera, el establecimiento de relaciones personales abrió las puertas de circuitos profesionales de publicación e intercambio tanto a nivel de especialidad y disciplina como a nivel institucional –a su vez, local y/o estatal–.

Finalmente, la normalización exterior se reflejó en el proceso interno de normalización de forma diversa atendiendo a los diferentes ámbitos de la actividad profesional. Desde un punto de vista institucional, la reincorporación no supuso grandes cambios efectivos ni una mutación esencial en la historiografía oficial. Sin embargo, las tensiones disciplinares propiciaron la polarización paulatina entre *antiguos* y *modernos*; entre instituciones, historiadores, publicaciones periódicas y reuniones científicas *renovadoras* y *tradicionales*; y entre escuelas disciplinares actualizadas y obsoletas. La recepción de investigadores foráneos, si bien supuso un elemento esencial de reintegración y modernización, reflejó en cierta medida las tensiones locales, y a una geografía archivística de la recepción de investigadores podríamos oponer una geografía académica y profesional marcada de nuevo por el establecimiento de redes de interacción intelectual y de solidaridad personal.

## 2. La normalización exterior

La normalización de las relaciones de la comunidad historiográfica española con su entorno profesional se realizó obedeciendo forzosamente a vectores evolutivos muy diferentes a los de su faceta interior. No hace falta enunciar que el aislamiento hispano de los cuarenta y el enrarecido ambiente cultural europeo de la segunda mitad de la década evitaron aunque no por completo los contactos académicos con el exterior. De ahí, la importancia de contactos menores, de la fortuna de alguno de los jóvenes franceses o británicos que comenzaron a visitar los archivos españoles en los años en que estos estaban siendo objeto de un amplio y concienzudo trabajo de catalogación<sup>35</sup> y que más tarde acabarían ofreciendo obras renovadoras o trabajos archivísticos en origen, o de la labor de instituciones culturales internacionales independientes, como la *Görres Gesellschaft*<sup>36</sup> alemana, la francesa Casa de Velázquez<sup>37</sup> o la *Hispanic Society of America*.<sup>38</sup>

Con todo, la faceta más espectacular de los primeros años cincuenta será la reincorporación institucional de la historiografía oficial española a los eventos internacionales. Esta faceta resulta esencial para la comprensión del proceso general. Nos interesa conocer qué sector de la comunidad fue el primero en establecer y cultivar contactos con el exterior, cómo utilizó esta nueva circunstancia y el modo en que repercutió en la evolución interior de las prácticas.

No fue una historiografía alternativa, y mucho menos una historiografía ajena o molesta para el régimen, la que retomó los contactos con el exterior. El acceso a las reuniones, cursos, conferencias y congresos celebrados fuera de España se abordó en un primer momento prácticamente como una embajada: de tipo cultural, pero embajada al fin. No debemos olvidar que eran necesarios varios permisos oficiales para salir del país *en misión cultural* y que al frente de las representaciones hubo siempre catedráticos de universidad, miembros de la Real Academia de la Historia e historiadores que a su condición unían la de ostentar cargos políticos.

Al mismo tiempo, a medida que el *tempo* político y las estrategias económicas internacionales fueron incluyendo a España, la circulación de profesionales incluyó también a la Dictadura franquista. La nómina de investigadores bien conocidos por todos que visitaron España en los cincuenta abarca nombres de diferentes generaciones y nacionalidades como Gabriel Jackson, Pierre Vilar, Federigo Melis, Henry Lapeyre, Fernand Braudel, John Elliott, John Lynch, Peter Linehan, Jean Bécarud, etc. Los testimonios de sus primeras visitas permiten observar algunos rasgos de la práctica profesional que encontraban a su paso. Las *Guías de Investigadores* que comenzaron a ser publicadas en los últimos años cincuenta revelan la visita de cerca de un centenar de historiadores foráneos entre los que destacan los de procedencia iberoamericana, portugueses, franceses e italianos, y en mucha menor medida, alemanes y británicos. Y algunos estudios recientes, como el realizado en torno al Archivo General de Simancas<sup>39</sup> comienzan a dar tímidos frutos aunque los límites de una investigación estadística se revelan demasiado constreñidos. E historiadores es-

pañoles en diferentes fases de su ciclo de vida profesional comenzaron a ser aceptados como investigadores invitados en universidades, archivos e instituciones de la alta cultura europea, como la parisina *École Pratique des Hautes Études* o algunas universidades británicas, en particular la de Liverpool, y pudieron acceder a publicar fuera del ámbito estatal.<sup>40</sup>

En este punto, dejando de lado las valoraciones personales y de escuela, cabría cuestionarse el calado real de estos contactos, en qué medida podemos abordarlo en términos de subordinación absoluta en lugar de un acceso al intercambio y en qué medida produjo cambios objetivos a corto plazo.

La reincorporación institucional fue completada con la inserción en circuitos de especialidad y en mercados profesionales. Fue esta faceta la que propició una mayor libertad de movimientos y un menor control directo por parte del Estado, tanto en la recepción de tendencias y corrientes alternativas cargadas de mayor o menor musculatura ideológica, como en la recepción del exilio, una faceta especialmente importante a partir de la segunda mitad de los cincuenta y tímidamente visible en la primera mitad de la década.

Finalmente, como variable independiente en gran medida del control estatal de sus contenidos, y al tiempo íntimamente relacionada con las anteriores, los diversos hispanismos representaron un papel esencial en la renovación metodológica de una nueva generación de historiadores y en la rehabilitación de las interpretaciones liberales del pasado hispano.

### *2.1. Navegando a la bolina. La reincorporación institucional*

En el análisis de la normalización de las relaciones exteriores de la comunidad historiográfica española aparecen dos elementos reveladores del calado y los principales problemas de dicha normalización. En primer lugar, la asistencia de historiadores españoles a congresos internacionales celebrados en el extranjero, el más importante de los cuales es evidentemente el quinquenal Congreso Internacional de Ciencias Históricas. En segundo lugar, la organización de congresos internacionales o con participación internacional celebrados en España.

La tímida incursión española en el V Congreso Internacional de Ciencias Históricas<sup>41</sup> de París ha pasado a la mitología historiográfica del siglo XX como un hito tras el cual nada fue lo mismo. Catártica en grado sumo, la conversión de Vicens al espíritu *annaliste* en 1950 parece haber alimentado la caldera de una locomotora imparable hacia la renovación historiográfica.<sup>42</sup> Quizás no todo fuera así. En este sentido, afirma Antonio Domínguez Ortiz:

desde el principio estuve bastante ligado, primero teóricamente y luego de modo personal, con Pierre Vilar. Se puede decir que la escuela de *Annales* me abrió bastantes perspectivas. Aunque, como saben, los *Annales* no es tal escuela, en realidad, sino un conjunto de trayectorias afines que abarcan un amplio espectro [...] Es un lugar común decir que, en 1950, Vicens Vives asistió al V Congreso Internacional de Ciencias Históricas y que de allí trajo la buena nueva; pero, en realidad, ya estaba en el ambiente. Yo trabajaba

de hecho en ese sentido; Sánchez Albornoz había escrito *Estampas de la vida en León hace mil años*, que no es una historia positivista ni mucho menos, D. Ramón Carande, por su parte, lo había hecho en *Sevilla, fortaleza y mercado*, mientras estaba preparando su *Carlos V y sus banqueros*, y como novedad grande, hay que señalar que Américo Castro había descubierto, independientemente, al mismo tiempo que yo, los problemas de los conversos, a la vez que había escrito una historia de España que no era ni la tradicional ni la de los renovadores sino una que él se había *inventado*, quizá la primera historia nacional que se ha escrito sobre la base de lo que después se ha llamado «escuela de las mentalidades» [...] De manera que sostener que Jaime Vicens trajo esas noticias es algo exagerado. Aquí ya existían de sobra elementos para la renovación e, incluso, obras desarrolladas. Lo que sí trajo Vicens fue su gran impulso, que acompañó con una capacidad de trabajo extraordinaria y un gran número de discípulos, al tiempo que introdujo la nueva corriente, antes aislada, en la práctica universitaria, cobrando la categoría de escuela caudalosa y eficaz que se fue imponiendo en el ambiente de los estudiosos y de las publicaciones eruditas[...]»<sup>43</sup>

En rigor, la comunidad historiográfica internacional no contó con la española para la reanudación de los Congresos Internacionales interrumpidos por la guerra mundial.<sup>44</sup> Así, durante el periodo de organización del evento parisino, significativamente, fue el presidente del Comité suizo<sup>45</sup> quien en 1948 se encargara de enviar una epístola a Ramón Menéndez Pidal invitando a los historiadores españoles a sumarse al evento, mientras que el comité parisino –el presidente de cuyo comité organizador era Robert Fawtier– optó por invitar privadamente a un número reducido pero significativo de historiadores españoles.<sup>46</sup>

Los diversos órganos profesionales que difundían *oficialmente* este tipo de noticias académicas apenas se hicieron eco del congreso.<sup>47</sup> De hecho, la más amplia reseña a propósito del Congreso fue la publicada dos semanas después de su celebración en el semanario barcelonés de divulgación cultural *Destino* de la pluma de Vicens,<sup>48</sup> a la que habría que unir las opiniones sinceradas en carta a Felipe Ruiz Martín apenas un día más tarde:

Lo de París fue algo cómico. Allí dimos el pecho, bregando como desesperados, Lacarra y yo, secundados por el P. Pérez de Urbel y La Torre. Los demás navegaron a la bolina, cuando no en los estanques de Versalles. Mi impresión, casi sincera, figura en el *Destino* de esta semana [...]»<sup>49</sup>

En París se reunieron finalmente poco más de una decena de historiadores españoles: Jaime Vicens Vives, Mercedes Gaibrois, recién enviudada de Antonio Ballesteros Beretta, su hijo Manuel Ballesteros, José María Lacarra, Cayetano Alcázar, Antonio de la Torre, Fray Justo Pérez de Urbel, Antonio Rumeu de Armas, Pablo Álvarez Rubiano, Marina Sitjá y Felipe Mateu y Llopis. Y sólo cuatro de ellos desarrollaron algún tipo de comunicación: Vicens Vives intervino bajo el título «*La politique européenne de Catalogne-Aragon à la fin du XV<sup>e</sup> siècle*», José María Lacarra trató «*Le développement urbaine de quelques villes de Navarre et d'Aragon au moyen âge*» y los americanistas Manuel Ballesteros y Pablo Álvarez Rubiano trataron res-

pectivamente «La moderna ciencia americanista española»<sup>50</sup> y «El espíritu de reforma en las colonias españolas del siglo XIX. Oposición de Tabasco a las Cortes de Cádiz».

Esta breve nómina indica claramente dos tendencias representativas. La primera es el predominio de los catedráticos de universidad con cargos en el Consejo, con dos grupos generacionales polarizados: los nacidos en el siglo XIX y la de los nacidos en torno a 1910, discípulos de los anteriores.

La segunda tendencia es una evidente politización de la representación. A la militancia falangista de Álvarez Rubiano, Pérez de Urbel y Manuel Ballesteros debemos unir la ostentación de cargos representativos o de designación por parte de Cayetano Alcázar, Antonio de la Torre o Felipe Mateu y Llopis.

**Cuadro I**  
**Junta Directiva de la Asociación Española de Ciencias Históricas, 1952**

<b>Cargo</b>	<b>Historiador</b>	<b>Cualidad</b>
Presidente:	Jacobo Fitz-James Stuart	Presidente de la R.A. H.
Vicepresidente	Mercedes Gaibrois	Académico de la Historia
Vicepresidente	Francisco J. Sánchez Cantón	Decano e Filosofía y Letras de la Universidad Central, Académico de la Historia
Vicepresidente	Ramón d'Abadal y Viñals	Académico de Buenas Letras de Barcelona, R.A.H.
Vocal	Antonio de la Torre y del Cerro	Dtor. Escuela de Estudios Medievales del CSIC
Vocal	Emilio García Gómez	Catedrático de la Universidad Central
Vocal	J. Ernesto Martínez Ferrando	Dtor. Archivo de la Corona de Aragón
Vocal	Ramón Carande y Thovar	Catedrático de la Universidad de Sevilla
Vocal	Juan Beneyto Pérez	Catedrático de la Universidad de Salamanca
Vocal	Jorge Rubió y Balaguer	Académico de Buenas Letras de Barcelona
Vocal	Ciriaco Pérez Bustamante	Catedrático de la Universidad Central
Vocal	José Vives Gatell, P.	Dtor. de la Biblioteca Balmesiana de Barcelona
Vocal	Julio Guillén Tato	Dtor. Museo Naval, Académico de la Historia
Vocal	Jaime Vicens Vives	Catedrático de la Universidad de Barcelona
Vocal	Luis Pericot García	Catedrático de la Universidad de Barcelona
Vocal	Manuel Ballesteros Gaibrois	Catedrático de la Universidad Central
Vocal	José M <sup>a</sup> Millás Vallicrosa	Catedrático de la Universidad de Barcelona
Vocal	Ángel Custodio Vega, O.S.A.	Monasterio de El Escorial, Académico de la Historia
Vocal	José M <sup>a</sup> Lacarra y de Miguel	Catedrático de la Universidad de Zaragoza
Tesorero	Angel Ferrari Núñez	Catedrático de la Universidad Central
Secretario	Antonio Rumeu de Armas	Catedrático de la Universidad Central
Vicesecretario	Luis Vázquez de Parga	Subdtor. Museo Arqueológico Nacional

Fuente: Eloy Benito Ruano; «España y la colaboración histórica internacional», *art.cit.* pp. 679-680.

A partir de 1950 la reacción de las instituciones estatales fue refundar la Asociación Española de Ciencias Históricas<sup>51</sup> de la que dependerían en adelante todas las aportaciones de la comunidad historiográfica estatal a los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas y a la que solicitaron adherirse medio centenar de institucio-

nes. La directiva de la Asociación (cuadro 1) tendría la función de representación y criba de las comunicaciones. En julio de 1952, y previo informe de los Ministerios de Educación Nacional y Asuntos Exteriores, como no podría ser de otro modo, el Ministerio de Gobernación permitía excepcionalmente la creación de dicha asociación con fines a medio camino entre la representación diplomática y la estructuración profesional. La normalización de las relaciones internacionales de la comunidad profesional quedaba de nuevo mediatizada por la Dictadura, que impuso no obstante una Junta Directiva en la que, aunque esencialmente afectos y en cualquier caso nada problemáticos, predominaban profesionales universitarios relacionados con la Real Academia de la Historia, sede al tiempo de la Asociación.

La representación en el siguiente congreso (cuadro 2), celebrado en Roma en 1955, mostró una mayor aunque todavía escasísima –menos del 2% del profesorado existente y el 8% de las comunicaciones– delegación española formada esencialmente por los *seniores* del poder académico y honorífico de la profesión, mientras que las comunicaciones se mantuvieron de la mano del grupo de medievalistas y modernistas en torno a Vicens, Lacarra y los americanistas.<sup>52</sup>

El Congreso Internacional de Ciencias Históricas no fue el único ámbito de reincorporación internacional. Así, el conjunto de Congresos celebrados desde 1953 en torno a las *Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sul'alto Medioevo* de Spoleto supusieron para historiadores altomedievales españoles como Ramón d'Abadal, Luis García de Valdeavellano, José M<sup>a</sup> Lacarra, José Orlandis, Pedro de Palol, Álvaro d'Ors, Rafael Gibert, R. Menéndez Pidal y el P. Anscario Mundó, entre otros, la posibilidad de acceder al debate internacional, y en ocasiones, el valor añadido de coincidir con Claudio Sánchez Albornoz.

Si bien por cuestiones de espacio no van a ser desarrollados específicamente –aunque proyectamos hacerlo en ulteriores publicaciones–, podemos identificar cuatro hitos en la incorporación institucional en forma de cursos, reuniones o congresos internacionales celebrados en España. El primero, iniciado en los años cuarenta, es el conjunto de cursos celebrados en Ampurias. Desde su inicio, y en particular tras el curso de 1952, Ampurias se convirtió en lugar de encuentro entre arqueólogos españoles, italianos (Nino Lamboglia, Pietro Romanelli, Michelle Pallotino, Luigi Bernabó Brea, etc.) franceses (M. Louis, Pierre Bouffard, F. Benoit, R. Nougier, R. Robert, etc) y anglosajones (G. Leinser, C. Bodmer, Hallam Movius, etc.), llegando a celebrarse cursos en los que el profesorado se equilibraba al cincuenta por ciento. Del mismo modo, también se dio el caso de compartir responsabilidades organizativas con instituciones foráneas, como en el curso de 1955 y posteriores con el *Istituto Internazionale di Studi Liguri* o visitando, en los últimos años cincuenta, territorios franceses e italianos como parte de la docencia.<sup>53</sup>

En segundo lugar, la recuperación desde 1952 de los Congresos de Historia de la Corona de Aragón, que permitieron el contacto de investigadores medievalistas y

**Cuadro 2**  
**X Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Roma 1955**

	Inscritos		Comunicaciones					
	Profesores	Alumnos	Total	Sección I. Metodología	Sección II. Historia Antigua	Sección III. Historia Medieval	Sección IV. Historia Moderna	Sección V. Historia Contemporánea
Alemania	201	6	12	4	3	2	1	2
Austria	50	9	4	1	0	2	1	0
Bélgica	61	1	4	0	0	2	1	1
Bulgaria	1	0	0	0	0	0	0	0
Checoslovaquia	6	0	0	0	0	0	0	0
Dinamarca	61	0	2	0	0	1	0	1
España	35	14	5	0	0	2	3	0
Estado Unidos	101	0	13	3	2	0	2	6
Finlandia	12	0	1	0	1	0	0	0
Francia	464	0	22	4	3	5	7	3
Gran Bretaña	251	10	16	4	2	4	3	3
Grecia	4	0	0	0	0	0	0	0
Holanda	56	0	5	1	0	1	0	3
Hungría	5	0	1	1	0	0	0	0
India	2	0	0	0	0	0	0	0
Irlanda	18	0	0	0	0	0	0	0
Israel	3	0	0	0	0	0	0	0
Italia	354	6	18	4	6	5	3	0
Japón	4	0	0	0	0	0	0	0
Líbano	2	0	0	0	0	0	0	0
Luxemburgo	3	0	0	0	0	0	0	0
Noruega	34	0	1	0	0	0	0	1
Polonia	12	0	2	2	0	0	0	0
Portugal	6	0	0	0	0	0	0	0
Rumanía	5	0	0	0	0	0	0	0
Suecia	41	14	5	3	1	0	1	1
Suiza	67	2	7	3	1	0	0	3
Turquía	9	1	0	0	0	0	0	0
URSS	24	0	5	3	1	0	0	1
Yugoslavia	77	0	8	2	0	3	2	1
América Latina	11	0	1	0	0	0	0	1
Otros	0	0	5	1	1	0	2	1
<b>Total</b>	<b>1980</b>	<b>63</b>	<b>137</b>	<b>36</b>	<b>21</b>	<b>27</b>	<b>26</b>	<b>28</b>

Fuente: Jorge Nadal; «El X Congreso Internacional de Ciencias Históricas», *Estudios de Historia Moderna*, 5, 1955 (1957), pp. 422-425.

modernistas procedentes del ámbito mediterráneo y algunos historiadores de Europa central. (Cuadro 3)

**Cuadro 3**  
**Asistentes y relación de asistentes extranjeros al IV Congreso de**  
**Historia de la Corona de Aragón Palma de Mallorca, 1955**

Procedencia	Historiadores	Nombre	Procedencia
Alicantex	1	Baraut, Cebria (P. Osb))	Roma
Baleares	99	Bautier, Robert Henri	Paris
Barcelona»	34	Bertini, Giovanni M <sup>a</sup>	Turin
Castellón	2	Boscolo, Alberto	Cagliari
Gerona	3	Bulferetti, Luigi	Pavia
Huesca	6	Burns, Robert (P. Si)	Roma
La Laguna	1	Cessi, Roberto	Padua
Lérida	1	Clua, Pere	New York
Madrid	8	Cochrane, Douglas	Londres
Málaga	1	Dalmases, Candido (P. Si)	Roma
Teruel	2	Dupre-Theseider, Eugenio	Roma
Valencia	17	Durliat, Marcel	Perpignan
Valladolid	1	Era, Antonio	Alghero
Zaragoza	8	Filangieri, Ricardo	Napoles
Total españoles	184	Heers, Jacques	Le Mans
Italia	16	Lascaris, Michel	Salonica
Francia	5	Loddo Canepa, Francisco	Cagliari
Alemania	1	Peyronnet, Georges	Paris
Gran Bretaña	1	Pieri, Piero	Turin
Estados Unidos	1	Putzulu, Evandro	Cagliari
Total extranjeros	24	Renouard, Yves	Burdeos
Sin acreditar	3	Rossi, Giuseppe Carlo	Roma
Total	211	Stefano, Antonio Di	Palermo
		Traselli, Carmelo	Palermo
		Vincke, Ioannes	Friburgo

Fuente: Elaboración propia a partir de *Actas del IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Palma de Mallorca 25-sept.-2 oct, 1955, pub. Palma, 1959 vol. I; Barna. 1970 vol. II.

Los Congresos de Historia de la Corona de Aragón<sup>54</sup> aglutinaron esencialmente el contacto con historiadores franceses e italianos de ámbito medievalista y campos de investigación directa o indirectamente hispanistas. Con todo, al tratarse de un congreso de asistencia mucho más amplia que los cursos de Ampurias apenas en torno al diez ciento de sus asistentes fueron extranjeros. De nuevo, como sucedió con los cursos de arqueología, a partir de la segunda mitad de la década se comienza a compartir responsabilidades organizativas y localizaciones con instituciones extranjeras. Así, tras el congreso de Palma de Mallorca en 1955 el siguiente se celebraría en Cagliari (1957), lo que no haría cambiar en gran medida la distribución de las nacionalidades en ponentes y comunicantes, aunque seguiría ampliamente dominada por los historiadores españoles.

En tercer lugar, los Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, independientes todavía en los años cincuenta de la Comisión Internacional de Ciencias Históricas representaron el ámbito oficial de reintegración en la prehistoria europea abandonada prácticamente desde el momento en que se limitaron las relaciones institucionales tras la guerra civil.<sup>55</sup> En 1950 se celebró el tercero de ellos en Zurich. En el mismo año se celebró el I<sup>er</sup> Congreso Internacional de Prehistoria y Protohistoria Mediterránea en Florencia. Ambos congresos permitieron el encuentro de prehistoriadores españoles con Bosch Gimpera. Finalmente, 1954 se celebraría el IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas<sup>56</sup> de Madrid entre el 21 y el 27 de abril de 1954. Este evento actuó como catalizador de una tendencia apuntada extraoficialmente en los años anteriores: la ruptura entre dos formas de practicar la arqueología y de interpretar la prehistoria protagonizadas por la escuela catalana encabezada por Juan Maluquer y Luis Pericot –con Pedro Bosch Gimpera<sup>57</sup> ausente del Congreso por razones evidentes aunque recuperado para la historiografía española desde 1951– y la escuela de Martín Almagro,<sup>58</sup> cada una con ámbitos de influencia diferentes, anclajes internacionales distintos y un poder académico y político importante.<sup>59</sup>

Y por último, debemos mencionar la proyección internacional de las celebraciones del Centenario del fallecimiento de Carlos I, en los que se comienza a observar una fractura en las corrientes interpretativas en el seno de la historiografía oficial al tiempo que una importante europeización de los enfoques.<sup>60</sup>

## *2.2. El descubrimiento de otro mundo. Los circuitos de especialidad y los mercados profesionales*

Más que el contacto con *Annales* por parte de Vicens, la influencia institucional de Francia sobre la historiografía española en los primeros cincuenta se estableció mediante la reanudación de las becas de investigación por parte del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el contacto personal directo de los jóvenes historiadores con las instituciones parisinas y sus regentes, un contacto que se mantuvo posteriormente a distintos niveles y que permitió una recepción más fluida de autores y publicaciones.

Ahora bien, esta situación favoreció únicamente a quienes tuvieron acceso a las influencias de la historiografía oficial –incluidos los discípulos de Vicens– y afectó a sectores de la investigación y especialidades históricas de forma muy diferente. En este sentido, el testimonio de Valentín Vázquez de Prada publicado en forma de entrevista a cargo de F. J. Caspistegui resulta revelador.

entonces fue a través de él [Vicente Palacio Atard], o a través de [Joaquín] Pérez Villanueva [que] me dijeron: «¡Bueno! ¿querrías ir a París a seguir tus investigaciones para completar la tesis?»; yo dije [recuerda don Valentín]: «¡Hombre! ¡Qué cosas! ¡Encantado!» «Bueno, pues parece que hay una posibilidad». Y, efectivamente, a poco me transmitieron una nota del Consejo [Superior] de Investigaciones [Científicas, CSIC] dándome una beca de tres meses para investigar en París. [...]

Él [Henri Lapeyre] fue el primero que me enseñó un número de *Annales*, en Valladolid. Un número que podría recordar ahora perfectamente... vino porque con Braudel estaba haciendo la tesis sobre el comercio a través de los papeles de Simón Ruiz que estaban en Valladolid ¡mejor dicho!, estaban en Medina del Campo. Tenía mucho contacto con nosotros [los doctorandos del Seminario de Historia de la Universidad de Valladolid]. Cuando tuve la beca Lapeyre me ayudó, me dijo dónde poder encontrar cosas, hasta me invitó a pasar una noche en Biarritz, porque la familia vivía en Biarritz. Me trataron muy bien y yo seguí mi viaje a París.

En el verano, tres meses, julio, agosto y septiembre [de 1950] estuve en París, en la Casa de España. En aquel momento muy pocos habían salido de España. Cuando yo salí todavía estaban las alambradas en la frontera. En el Colegio de España era director José Antonio Maravall. La beca era muy buena. Esos tres meses los dediqué intensamente a buscar bibliografía y archivos. El objetivo fundamental de este trabajo: ¡Sobre el tema de la tesis! Yo, con la idea de terminar la tesis. ¡Pero claro!, ahí me empecé a encontrar una serie de libros que ignoraba totalmente o que había oído nombrar. [...]

Yo me volví a España, con bastantes libros, con un conocimiento de París, de otro mundo. La diferencia con España entonces era enorme, ¡enorme! Para mí era ya otro mundo. Allí, en París, no tuve contacto con profesores salvo el caso de Braudel, quizá por mi juventud y en segundo lugar porque iba a una cosa muy concreta y por poco tiempo.<sup>61</sup>

Se hace realmente difícil valorar en su justa medida la relevancia del acceso al *système braudélien* para el modernismo español, aun separadamente de la valoración de los resultados de su importación. El simple contacto con el conjunto de profesionales europeos cohesionado en torno al maestro suponía un salto cualitativo excepcional para el joven historiador español. Frédéric Mauro lo explica de esta forma:

*j'avais assez saisi le fonctionnement du système braudélien. Braudel avait fait venir à Paris un excellent chercheur de chaque pays d'Europe: le Portugais Magalhães Godinho, L'Anglais Frank Spooner, l'Espagnol Vazquez [sic] de Prada, l'Allemand Hermann Kellenbenz, les Italiennes Alberto Tenenti et Ruggiero Romano, et d'autres encore. Avec chacun, il entretenait un dialogue sur l'économie, la société, la politique de l'Europe du XVI<sup>e</sup> siècle. Il me faisait rencontrer ces historiens dont certains n'étaient guère plus vieux que moi. Tout naturellement, l'histoire qui s'élaborait ainsi était une histoire mondiale, autrement enivrante que l'histoire de France classique à laquelle finalement beaucoup d'historiens étaient encore attachés [...]*<sup>62</sup>

El descubrimiento de otro mundo, del mundo de afuera, se tradujo rápidamente en una ruptura importante en la carrera –en la liquidación de una fase en su ciclo de vida profesional– de los principales docentes de los cincuenta que, ya doctores en Historia e incluso catedráticos de universidad accedieron en estos años al afianzamiento definitivo de su formación. En esta dirección José María Jover Zamora afirmó:

no he podido resistir la tentación de extenderme sobre unos años de formación, de escasa proyección sobre el curriculum, pero que quizá sirvan como testimonio de una generación de historiadores españoles, no ya astillada sino partida por la guerra civil, que llegó demasiado tarde a la vida española para integrarse en el clima intelectual de la Edad

de Plata, y demasiado pronto para beneficiarse de la apertura al mundo exterior apreciable desde mediados de los años cincuenta. Los historiadores del futuro distinguirán tal vez, en la historiografía española del tramo central de nuestro siglo, tres fases o conjuntos generacionales presididos respectivamente por la hegemonía de los modelos germánicos, franceses y anglosajones. Yo pertenezco por mi circunstancia histórica y por mi personal opción a la promoción intermedia de las tres apuntadas [...]<sup>63</sup>

La aportación de la historiografía española —o en algunos casos simplemente de temas españoles— a las grandes revistas del momento en Europa fue escasa. La normalización de las relaciones de intercambio, cuya deficiencia e insuficiencia se mantuvo hasta décadas posteriores, se produjo en términos de subordinación absoluta, incluso en algunos temas en los que la historiografía española partía con considerables ventajas comparativas. Si repasamos el curriculum y las bibliografías de los principales historiadores españoles de las décadas intermedias del siglo XX se hace patente su ausencia en los circuitos internacionales de intercambio, en particular del circuito europeo. La aportación hispana a las grandes revistas europeas resulta irrisoria. Si tomamos, por ejemplo, las dos grandes revistas francesas del momento, *Annales* y *Revue Historique* durante el periodo entre 1948 y 1965, observaremos que entre la masiva cantidad de colaboradores británicos y alemanes, y el importante número de artículos hispanistas, los autores españoles aparecen únicamente cuando en el número 441 de 1958 de la *Revue Historique* Jaime Vicens Vives publica con sus jovencísimos colaboradores Jorge Nadal y Juan Reglá un artículo de cuarenta páginas traducido al francés y titulado «España en los siglos XVI y XVII. La época de los Austrias. Tendencias, problemas y perspectivas de trabajo de la investigación histórica en España».

En el ámbito alemán, la revista de historia universal *Saeculum* dedicó en el número 3 de 1952 un especial a la historia de España en el que participaron además de Vicens, Manuel Ballesteros, Ramón Carande, Manuel Cruz Hernández, Ramón Menéndez Pidal, Antonio Truyol Serra y José Luis Varela.<sup>64</sup>

Casi a finales de la década, Vicens volvería a publicar en algunos proyectos alemanes en torno al centenario de Carlos V, en los que participarían también otros historiadores españoles. Sin embargo, hasta principios de los años sesenta cuando José María Jover publique su informe sobre el estado de la historiografía española en *Cahiers d'Histoire Mondiale*,<sup>65</sup> o más delante cuando Antonio Domínguez Ortiz<sup>66</sup> publique un artículo en el número 29 de la ya no tan renovadora *Past and Present* y J. Romero Maura publique un nuevo artículo en *Past and Present* (41, 1968) las únicas aportaciones de autores españoles en publicaciones no hispanas pertenecen a las Actas de diversos Congresos Internacionales.

En este sentido, la única revista foránea que mantuvo una continuada colaboración de autores españoles fue la hispanista argentina *Cuadernos de Historia de España* dirigida por Claudio Sánchez Albornoz, que desde los primeros años cincuenta dio cabida a artículos de una amplísima nómina de historiadores universitarios de

varias generaciones, sectores y tendencias. El catálogo de autores españoles es considerable. Así, si bien en los tres primeros años de su publicación hubo únicamente una colaboración por parte de autores españoles (Amada López de Meneses en 1945), entre 1947 y 1955 lo hacen Amada López (1945-1964), Antonio García y Bellido (1947), Ramos Loscertales (1947-1950), García de Valdeavellano (1947), Emilio Sáez (1949), J. Sánchez Candeira (1949), Juan Beneyto Pérez (1950), Rafael Olivar Bertrand (1950-1961), José M<sup>a</sup> Font Rius (1953), Ramón d'Abadal (1953), Manuel Ballesteros (1953), M<sup>a</sup> Carmen Pescador (1954), y Antonio Ubieto (1953-1957). Entre 1955 y 1960 la única nueva incorporación a los colaboradores ocasionales es Juan Torres Fontes (1957-1960). Y finalmente, a partir de 1960 y hasta 1965, se incorporan dos nuevos historiadores: Jesús Lalinde (1960), Gonzalo Anes (1962).<sup>67</sup>

Este numeroso grupo respondió a una doble extracción. De un lado, facultativos del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. De otro, catedráticos universitarios de Historia o de Historia del Derecho y jóvenes investigadores de sus grupos de influencia académica.

Si la publicación de historiadores españoles en las revistas generalistas del momento es escasa, la publicación de autores foráneos en España, siendo algo mayor, remite en último término a los circuitos de especialidad.

Además, determinados circuitos de publicación, como el que gira en torno a la arqueología y la prehistoria, presentan una característica añadida: la aparición de traducciones de artículos previamente publicados en el extranjero. Junto a ello, mientras en las revistas generalistas o en las publicaciones especializadas en los periodos medieval o moderno se mantuvo la exclusión de los exiliados durante toda la coyuntura, es en el circuito de la prehistoria y la arqueología en el que por primera vez vuelve a publicar algún profesor exiliado, caso de la colaboración de Pedro Bosch Gimpera para la revista *Zephyrus* en 1951.<sup>69</sup>

Este campo se *normalizó* exteriormente de forma mucho más rápida que el medievalismo o el modernismo por razones evidentes. Si bien el control estatal sobre las excavaciones se producía de forma abrumadora aun en los casos de corrupción artístico-económica, los años cuarenta y sobre todo cincuenta resultan un momento de particular importancia en la renovación mundial de la disciplina,<sup>70</sup> y el gran número de reuniones internacionales celebradas ofrecieron más posibilidades y conernieron en mayor medida al arqueólogo español. Un ejemplo claro de esta situación es el rastreo de las actividades del Catedrático de la Universidad de Barcelona Luis Pericot a través de sus solicitudes de permiso para ausentarse de sus obligaciones docentes.<sup>71</sup> Pericot participó en reuniones celebradas en Marruecos, México, Argentina, Inglaterra, Suecia, Italia, Francia y Estados Unidos, todo ello antes de 1956, situación ante la cual el Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras hubo de reaccionar vinculando la concesión los permisos a la designación, por parte de Pericot, de un sustituto en sus clases.

**Cuadro 4**  
**Colaboradores foráneos en el circuito estatal de revistas especializadas en arqueología y prehistoria entre 1949 y 1960**

	AEArq	APL	ZEP	AMP	NAH	Total
Guido Achille Mansuelli	1	0	0	0	0	1
Fernando de Almeida	1	0	0	0	0	1
S. Armbruster	0	1	0	0	0	1
Jean Arnal	0	1	1	1	0	3
Fernand Benoit	1	1	0	0	0	2
Rene Bertrand	0	1	0	0	0	1
Luigi Bernabo Brea	0	1	0	1	0	2
M. Bospin	0	0	1	0	0	1
H. Bessac	0	0	1	0	0	1
A. Blanc	0	1	0	0	0	1
B. M. Blance	0	1	0	0	0	1
W. Borgeaud	0	0	0	1	0	1
G. Bovinni	0	0	0	1	0	1
J. Bovio Marconi	0	0	0	1	0	1
Maurice Bröens	0	0	0	1	0	1
J. de Castro Nunes	0	0	1	1	0	2
M. Cavalier	0	0	0	1	0	1
Andre Cheyner	0	1	0	0	0	1
V. G. Childe	0	1	0	1	0	2
J.G.D. Clark	0	1	0	0	0	1
Arthur M. Costa	0	1	1	0	0	2
E. de Cunha Serrao	0	0	1	0	0	1
Jose Formosinho	1	0	0	0	0	1
J. Fragoso de Lima	0	0	1	0	0	1
J. Gauthier	0	1	0	0	0	1
C.F.C. Hawkes	0	0	1	1	0	2
Hugh Hencken	0	0	1	1	0	2
B. Heukemes	1	0	0	0	0	1
E. Jahlay	0	0	1	0	0	1
J. Jannoray	1	0	0	0	0	1
Dorothy Kent Hill	1	0	0	0	0	1
JHC Kern	0	1	0	1	0	2
Erich Kukah	1	1	0	1	0	3
Nino Laboglia	1	1	0	1	0	3
Raymond Lantier	1	1	0	1	0	3
Michel Lejeune	0	0	1	0	0	1
Piero Leonardi	0	1	0	0	0	1
Giuseppe Marchetti-Longhi	1	0	0	0	0	1
R. Margalef	0	0	1	0	0	1
Oswaldo Menghin	0	0	0	1	0	1
P. Mingazzini	0	0	1	0	0	1
Hallam Morius	0	0	0	1	0	1
R. Penna	0	0	0	1	0	1
Vagn Puolsen	1	0	0	0	0	1

	AEArq	APL	ZEP	AMP	NAH	Total
Henri Prades	0	0	0	1	0	1
Klaus Raddatz	1	0	0	0	0	1
Wm. Reinhardt	1	0	0	0	0	1
Raymond Riquet	0	1	0	0	0	1
H. Rolland	1	0	0	0	0	1
E. Sangsmeister	0	0	1	0	0	1
H. Schlunk	1	0	0	0	0	1
J. Schobinger	0	0	0	1	0	1
Wilhelm Schüle	1	0	0	0	0	1
M.A. Smith	0	0	1	0	0	1
JC Spanhi	0	1	0	0	0	1
J. Taffanel	0	0	0	1	0	1
Emile Thevenot	1	0	0	0	0	1
C. Topp	0	1	0	0	0	1
L. Trindade	0	0	1	0	0	1
A. Vasco Rodrigues	0	0	1	0	0	1
Octavio de Vaiga Ferreira	1	0	1	0	0	2
John Waechter	0	1	0	0	0	1
TBL Webster	0	1	0	0	0	1
Max Wegner	1	0	0	0	0	1

Fuentes:<sup>68</sup> Fondos de las revistas para AEArc: *Archivo Español de Arqueología*; APL: «*Archivo de Prehistoria Levantina*»; AMP: *Ampurias*; ZEP: *Zephyrus*; NAH: *Noticiario Arqueológico Hispánico*.

Un análisis superficial de la colaboración de autores foráneos en las publicaciones periódicas arqueológicas españolas permite extraer conclusiones a partir de tres líneas argumentales. En primer lugar, de los 289 colaboradores totales involucrados en el circuito un 22,14% son extranjeros. Esta cifra asciende al 25% si calculamos la densidad de la matriz.<sup>72</sup> Se trata de una situación de normalidad comparable a otros circuitos europeos de especialidad e incluso al circuito de publicaciones generalistas francés. Los 64 autores foráneos se reparten de forma regular durante la década y entre las cuatro revistas con colaboración internacional, excluyendo el *Noticiario Arqueológico Hispánico*. De ellos, una amplia mayoría (51) publica únicamente en una de las revistas, nueve en dos y cuatro en tres. Nadie publica en el circuito completo.

Así, en segundo lugar, si descendemos al análisis parcial de cada una de las publicaciones observamos que el peso de los colaboradores extranjeros fluctúa entre el 17 y el 26% de cada una de las revistas especializadas. Además, teniendo en cuenta que las revistas se reparten casi por igual a los colaboradores extranjeros y que únicamente uno de cada cinco publica en más de una de ellas, el establecimiento de lo que podríamos denominar *áreas de influencia* identifica, a su vez, dos circunstancias. De una parte, la existencia de relaciones personales y académico-institucionales estable-

**Cuadro 5**  
**Colaboradores en el circuito de revistas de prehistoria y arqueología**

	Cols.	Cols. extranjeros	% Cols.	% Cols. extranjeros	% Cols. extranjeros sobre colaboradores totales	% Cols. extranjeros sobre total publicación
AEArq	97	20	33,56	31,25	6,92	20,06
APL	84	22	29,06	34,37	7,61	26,19
Zephyrus	104	18	35,60	28,12	6,22	17,30
Ampurias	92	21	31,83	32,81	7,26	22,82
NAH	55	0	19,03	0	0	0
<b>Total colaboradores</b>	<b>289</b>	<b>64</b>	<b>100</b>	<b>100</b>	<b>22,14</b>	<b>21,60-17,27</b>

Fuentes: Elaboración propia a partir de los fondos de las publicaciones.

cidas entre los grupos rectores de la publicación, que al tiempo estaban formados por catedráticos de universidad o directores de excavaciones –y sus grupos locales de influencia disciplinar–, con secciones específicas del *campo* representado por la arqueología y la prehistoria europea, en cuyo seno desarrollaron estrategias de despliegue personal en las que su situación al frente de una publicación periódica supuso un *capital simbólico* cuya gestión resultó extremadamente provechosa.

De otra parte, se produjo un fenómeno de *feed back* en el que observamos una relación entre el rango socio-profesional y la forma de colaboración del autor foráneo con la publicación periódica en el interior. Es decir, la publicación de artículos interpretativos por parte de los prehistoriadores consolidados y la publicación de noticias e investigaciones menores por parte de historiadores foráneos relacionados a su vez con los anteriores.

Sin embargo, un número similar de autores foráneos en cada publicación no corresponde a un peso similar en el seno de la publicación bien por su volumen o por el volumen de las colaboraciones por ellos firmadas. Los colaboradores extranjeros rara vez firman más de una colaboración en la misma publicación, excepción hecha de aquellos en torno a los cuales se estructuró la dinámica de intercambio: el alemán Helmut Schlunk, el francés Jean Arnal, y los italianos Nino Lamboglia y Luigi Bernabo Brea, o de los informadores portugueses de *Zephyrus*.

En este sentido, el *Archivo Español de Arqueología* dirigido durante todo el periodo por el catedrático de Arqueología de la Universidad Central Antonio García y Bellido dio cabida durante toda la coyuntura de los años cincuenta a textos de autores procedentes de la historiografía francesa, alemana, italiana y anglosajona, mayoritariamente en forma de artículos de investigación sobre temas u objetos hispa-

nos, con un claro predominio de del ámbito germánico (35%) en torno a autores como el propio Schlunk, Wilhelm Schüle, W. Reinhart, K. Radatz o E. Kukahn.

*Ampurias*, dirigida por el catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona Martín Almagro Basch –incluso después de su traslado a la cátedra de Prehistoria de la Universidad Central–, y a partir del volumen de 1959, codirigida por Almagro y Luis Pericot, presentó un predominio de la influencia mediterránea (Francia e Italia) frente a la germánica en un contexto de participación reducida en forma únicamente de artículos que remiten en mayor medida a la interpretación de periodos amplios de la prehistoria de sus países de origen que a la colaboración sobre temas hispánicos. En este sentido, su aportación a la normalización de las prácticas fue más relevante.

*Zephyrus*, dirigida por el catalán Juan Maluquer de Motes desde su fundación en 1950 incluyó la colaboración de prehistoriadores portugueses por encima de las demás –casi cuatro da cada diez– e introdujo, además, artículos interpretativos que superaban las categorías nacionales de la territorialización de los objetos prehistóricos.

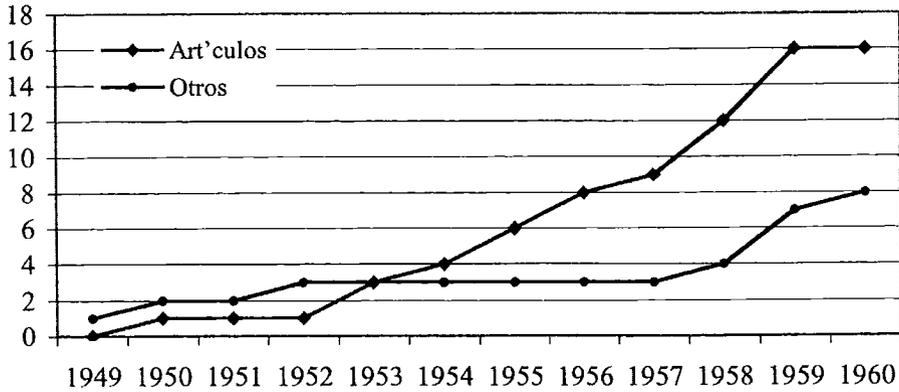
Estas dos últimas publicaciones, junto a *Archivo de Prehistoria Levantina*, favorecieron paulatinamente la recepción internacional y la expansión de los anclajes internacionales de la escuela catalana de prehistoriadores, truncada tras la guerra civil<sup>73</sup> y recuperada académicamente a partir de los años cincuenta. Esta sería una tercera línea argumental que requeriría de ulteriores investigaciones.

En cambio, la normalización en el campo de la prehistoria y la arqueología no admite ninguna comparación con las revistas generalistas españolas, un ejemplo diáfano de las cuales sería representado por *Hispania*, la revista de historia general del Consejo. Tres elementos identifican la débil y deficiente normalización de las prácticas de intercambio internacional de la historiografía oficial: la colaboración efectiva de autores foráneos, la identificación y el reconocimiento del prestigio, y la inclusión de noticias bibliográficas.

La colaboración efectiva de autores extranjeros en *Hispania* fue muy escasa y presentó dos momentos claramente diferenciados. Primeramente, en la coyuntura representada por los últimos años cuarenta y primeros años cincuenta, la menguada colaboración de autores foráneos consistió de forma principal en la publicación de noticias o notas bibliográficas. Entre 1949 y 1952 sólo un artículo llevó la firma de un historiador no español.<sup>74</sup> (*Gráfico 1.*) Sin embargo, a partir de la segunda mitad de la década, coincidiendo con el aumento de las estancias de autores españoles en el extranjero y coincidiendo también con el ascenso de la aparición de recensiones foráneas, aumentó la publicación de artículos y se estancó la de noticias. (*Gráfico 2.*)

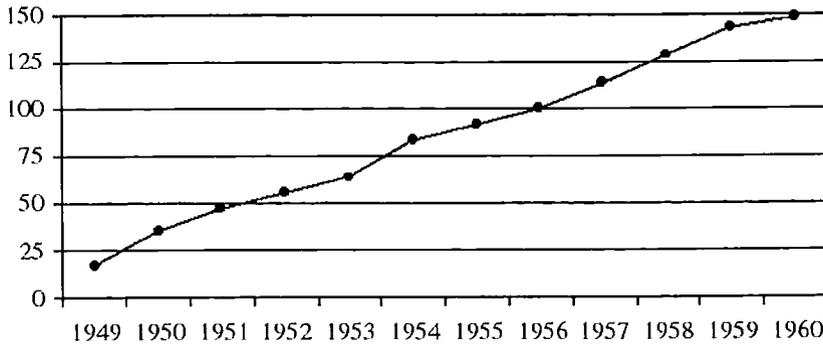
Sin duda, el mayor acceso a las estancias de investigación o a la información bibliográfica extranjera por parte de un grupo reducido de historiadores españoles permitió que creciera también la información publicada en la revista, substituyendo al tiempo a las escasas noticias publicadas en origen.

**Gráfico 1**  
**Autores extranjeros en la revista *Hispania*, 1949-1960**



Fuente: Elaboración propia sobre los fondos de la publicación.

**Gráfico 2**  
**Noticias bibliográficas de autores extranjeros en la revista *Hispania*, 1949-1960**



Fuente: Elaboración propia sobre los fondos de la publicación.

En total, solamente una docena de autores foráneos publicó en *Hispania*, con una amplia mayoría de autores de origen francófono (6) seguidos de lejos por los historiadores alemanes (3) y apenas un autor anglosajón, el medievalista británico Derek W. Lomax quien en los tres últimos años de la década de los cincuenta publicó un total de dos artículos de investigación y cinco noticias. *Hispania* permaneció, pues, tan solo semiabierto a la colaboración de autores extranjeros incluso en la segunda mitad de la década, cuando otras publicaciones periódicas de contenidos medievalistas y modernistas ya había abierto las puertas a un buen número de auto-

res europeos. En esta dirección resulta imprescindible mencionar los *Estudios de Historia Moderna* dirigidos por Vicens en cuyas páginas se diera cabida a una nueva generación de autores franceses (Didier Ozanam, Claude Carrere, Yves Rousit, J. Brousolle) y americanos (G. Jackson, C. Rama).

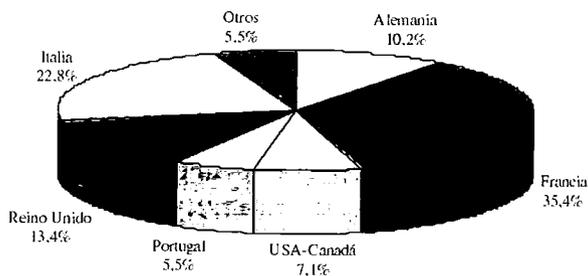
El análisis del reconocimiento del prestigio y la identificación comunitaria que Christophe Charle ha estudiado a través de las necrológicas publicadas en *Revue Historique* en el caso de la historiografía francesa del cambio de siglo no presenta, en el caso de *Hispania* ninguna posibilidad investigadora más allá de la constatación de la cerrazón de la comunidad de profesionales españoles. En este sentido, de las diecisiete necrológicas publicadas en la revista generalista del Consejo, sólo una, la del historiador italiano Federigo Chabod publicada en 1960 por el Académico de la Historia el P. Miguel Batllori, responde al homenaje de un historiador extranjero.

No hace falta mencionar, en síntesis, que *Hispania* pasó por alto el fallecimiento de una generación entera de historiadores franceses, alemanes, italianos y británicos nacidos entre los años 1870 y 1885, sobre los que se fundamentó la primera incorporación de la historiografía profesional española a la comunidad europea en los años veinte y treinta.

Por último, el tercero de los aspectos a reseñar es la aparición de recensiones de obras extranjeras, traducidas o en idioma original. (*Gráficos 3 y 4.*) Las principales características de esta variable son, por una parte, el predominio casi absoluto de las referencias a la historiografía francesa e italiana, en particular a partir del segundo tercio de la década; y por otra, una cierta homogeneidad durante toda la década.

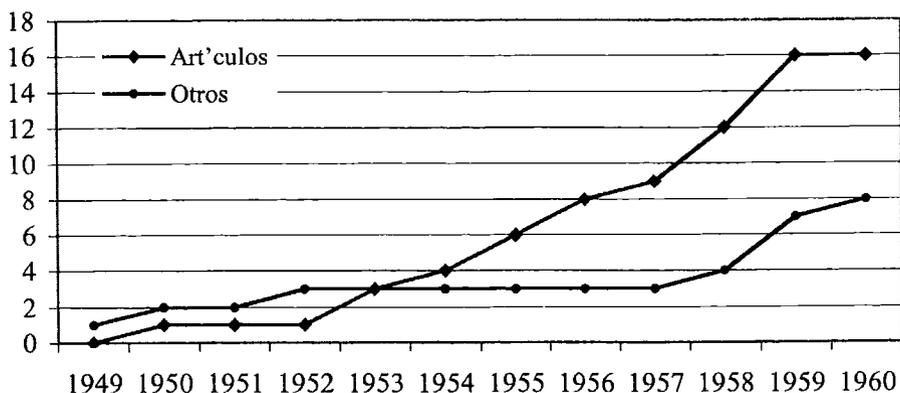
El contexto europeo mediterráneo, especialmente a partir de la incorporación a los diferentes congresos internacionales celebrados desde 1950 (Corona de Aragón, Spoleto) con contenidos medievales y modernos, dominó durante toda la década por encima de las comunidades germana, portuguesa o americana. No debemos olvidar, sin embargo, que *Hispania* constituye una fuente limitada cuya relevancia reside en su oficialidad y en sus contenidos generalistas.

**Gráfico 3**  
**Recensiones de obras extranjeras en la revista *Hispania*, 1949-1960**



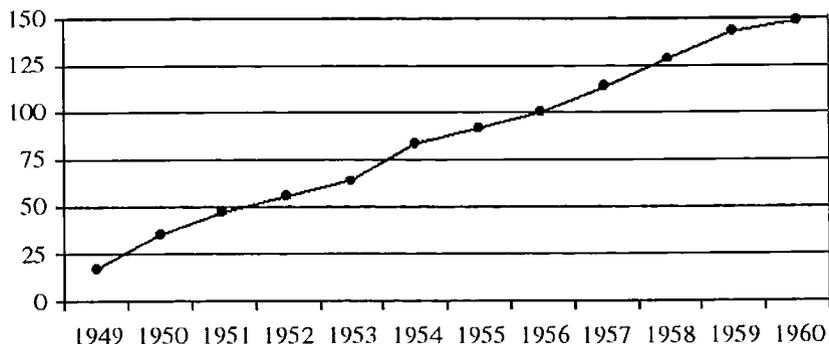
Fuente: Elaboración propia sobre los fondos de la publicación.

**Gráfico 1**  
**Autores extranjeros en la revista *Hispania*, 1949-1960**



Fuente: Elaboración propia sobre los fondos de la publicación.

**Gráfico 2**  
**Noticias bibliográficas de autores extranjeros en la revista *Hispania*, 1949-1960**



Fuente: Elaboración propia sobre los fondos de la publicación.

En total, solamente una docena de autores foráneos publicó en *Hispania*, con una amplia mayoría de autores de origen francófono (6) seguidos de lejos por los historiadores alemanes (3) y apenas un autor anglosajón, el medievalista británico Derek W. Lomax quien en los tres últimos años de la década de los cincuenta publicó un total de dos artículos de investigación y cinco noticias. *Hispania* permaneció, pues, tan solo semiabierto a la colaboración de autores extranjeros incluso en la segunda mitad de la década, cuando otras publicaciones periódicas de contenidos medievalistas y modernistas ya había abierto las puertas a un buen número de auto-

res europeos. En esta dirección resulta imprescindible mencionar los *Estudios de Historia Moderna* dirigidos por Vicens en cuyas páginas se diera cabida a una nueva generación de autores franceses (Didier Ozanam, Claude Carrere, Yves Rousit, J. Brousolle) y americanos (G. Jackson, C. Rama).

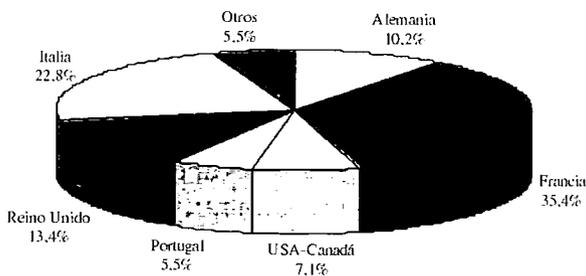
El análisis del reconocimiento del prestigio y la identificación comunitaria que Christophe Charle ha estudiado a través de las necrológicas publicadas en *Revue Historique* en el caso de la historiografía francesa del cambio de siglo no presenta, en el caso de *Hispania* ninguna posibilidad investigadora más allá de la constatación de la cerrazón de la comunidad de profesionales españoles. En este sentido, de las diecisiete necrológicas publicadas en la revista generalista del Consejo, sólo una, la del historiador italiano Federigo Chabod publicada en 1960 por el Académico de la Historia el P. Miguel Batllori, responde al homenaje de un historiador extranjero.

No hace falta mencionar, en síntesis, que *Hispania* pasó por alto el fallecimiento de una generación entera de historiadores franceses, alemanes, italianos y británicos nacidos entre los años 1870 y 1885, sobre los que se fundamentó la primera incorporación de la historiografía profesional española a la comunidad europea en los años veinte y treinta.

Por último, el tercero de los aspectos a reseñar es la aparición de recensiones de obras extranjeras, traducidas o en idioma original. (*Gráficos 3 y 4.*) Las principales características de esta variable son, por una parte, el predominio casi absoluto de las referencias a la historiografía francesa e italiana, en particular a partir del segundo tercio de la década; y por otra, una cierta homogeneidad durante toda la década.

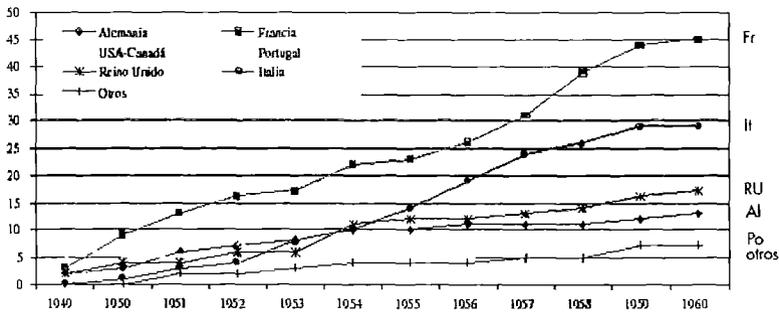
El contexto europeo mediterráneo, especialmente a partir de la incorporación a los diferentes congresos internacionales celebrados desde 1950 (Corona de Aragón, Spoleto) con contenidos medievales y modernos, dominó durante toda la década por encima de las comunidades germana, portuguesa o americana. No debemos olvidar, sin embargo, que *Hispania* constituye una fuente limitada cuya relevancia reside en su oficialidad y en sus contenidos generalistas.

**Gráfico 3**  
**Recensiones de obras extranjeras en la revista *Hispania*, 1949-1960**



Fuente: Elaboración propia sobre los fondos de la publicación.

**Gráfico 4**  
**Distribución por origen de las obras extranjeras recensadas en la revista *Hispania*, 1949-1960**



Fuente: Elaboración propia sobre los fondos de la publicación.

### 2.3. Un país sofocante. El papel de los hispanistas en la reincorporación a la historiografía europea

Íntimamente relacionado con la reincorporación de la historiografía española a la comunidad profesional europea a través de foros institucionalizados y también con la naturaleza y la dinámica del intercambio entre comunidades a través de las publicaciones periódicas, el papel representado por los diversos hispanismos en los años cincuenta se mantuvo a medio camino entre el descubrimiento personal de un nuevo lepidóptero por parte del entomólogo nabokoviano y el descubrimiento del monstruo por parte de la ninfa.

Con ello, los hispanismos mostraron dos caras de la misma moneda. La eclosión de las experiencias personales y la neutralidad internacional de las relaciones profesionales. El joven e incluso el maduro hispanista podían considerar a España como un país atrasado, primitivo y asfixiante, podían ignorar descaradamente la investigación académica realizada en las universidades españolas y renunciar a la historiografía española en sus notas a pie de página. De esta primera faceta, y de la importación de prácticas históricas de origen, derivó una buena parte de la carga innovadora de autores como Elliott o Vilar. Sin embargo, sólo a partir de los años sesenta una parte relevante de los hispanismos francés y anglosajón produjeron textos que se enfrentaban explícitamente al meollo de la interpretación ortodoxa de la historia oficial de España.

Las múltiples experiencias personales se resumen en lo expuesto por John Elliott en una extensa entrevista publicada hace varios años, cuando realizó un repaso a su actividad de hispanista desde sus inicios académicos hasta nuestros días, ofreciendo varias claves interpretativas de interés,<sup>75</sup> de las que rescataremos mínimamente dos opiniones. A la pregunta de cuál era su visión a la evolución de España en la segunda mitad del siglo XX el *Regius Professor* oxoniense respondió sin vacilar:

Estamos viviendo un momento interesantísimo, porque cuando llegué a España a principios de los cincuenta, donde pasé casi dos años trabajando en los archivos, era un país sofocante. El peso del Régimen era atroz. Yo a veces tenía que salir del país para no ahogarme [...]»<sup>76</sup>

Un ambiente idéntico al dibujado por Gabriel Jackson en el relato de su viaje por toda la península a finales de la década y al que Peter A. Linehan descubrió ante los obstáculos a la hora de acceder a los fondos más allá de los grandes cinco archivos y la suspicacia, incluso en los años sesenta, que levantaba un extranjero manipulando documentos eclesiásticos del siglo XIII o intentando acceder a la documentación del siglo XVIII, cuando señalaba que:

*by engaging in the battle of the Archives... The investigator will soon become rather more blasé in his work than the official who warned Heinrich von Sybel in 1851 to respect the dust on the papers of the Committee of Public Safety because it was «the dust of 1795» [...] But above all he will learn that that automatic defence-mechanism of los canónigos archiveros –the shrugged eyebrows which seem to be betoken an absolute veto– is, in fact, more often than not, merely a preliminary gesture which leads before long generous to most generous assistance and co-operation.»<sup>77</sup>*

Más adelante en la entrevista Elliott afirmaría:

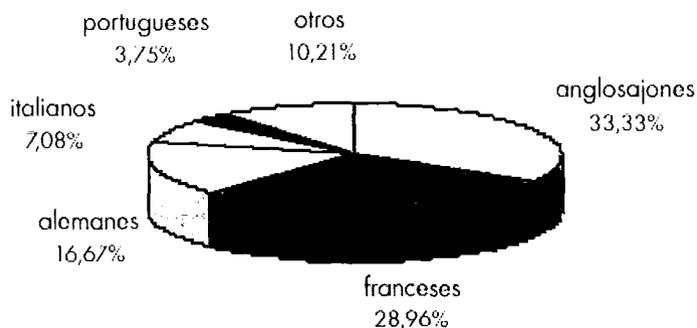
La visión general cuando empecé a trabajar en los archivos era bastante desoladora, pero hubo dos o tres grandes figuras, desde luego, que a mí me ayudaron y me influyeron mucho. Para empezar, don Antonio Domínguez Ortiz, a quien conocí en Simancas, y que ha sido un historiador magnífico, muy ponderado y trabajador, que no utilizaba sino los datos que iba encontrando en los archivos [...] muy distinto de Domínguez Ortiz, fue Jaime Vicens Vives, un hombre sumamente carismático que me acogió en Barcelona cuando estaba empezando a trabajar de una manera muy solitaria. Yo estaba a punto de ver que la visión catalanista de la Guerra de *Els Segadors* era una visión muy deformada, que no cuadraba bien con lo que estaba encontrando en los archivos, y él al mismo tiempo, con un grupo espléndido de discípulos, gente como Jordi Nadal, como Emili Giralt, como Joan Reglá, estaba intentando rescribir por entero la historia de Cataluña, derribando la visión más exageradamente nacionalista de esa historia [...] Tengo una deuda muy grande con él. Y por último, aunque por aquel entonces no tuve mucha oportunidad de conocerlo, está José Antonio Maravall. Su primer libro sobre la historia del pensamiento español del XVII, por ejemplo, fue muy importante a la hora de explorar la visión que los españoles tenían de sí mismos [...]»<sup>78</sup>

Lo que parece evidente es que quienes llegaban a España a trabajar en archivos o a asistir a congresos apenas conocían o tenían en cuenta la jerarquía interna de la profesión. El propio Elliott reconoció en otro lugar haber llegado a España con sólo algunas lecturas de hispanistas británicos y haber sentido una profunda decepción al no encontrar textos autóctonos que llegaran más allá de sus interpretaciones.<sup>79</sup> De hecho, cuando reconoce sus contactos más fructíferos no menciona ni visitas a la Universidad Central, ni el apoyo de la infraestructura investigadora del Consejo ni el descubrimiento de trabajos sistemáticos de carácter documental.

El hispanista se llevaba una imagen generalmente negativa que sin embargo no provocó que durante la década de los cincuenta dejaran de participar cada vez más en las actividades de la comunidad profesional española. Podemos aislar dos ejemplos significativos en los *Congresos de Historia de la Corona de Aragón* y los cursos *Ampurias*, por tratarse de dos tipos de reuniones ininterrumpidas, por una parte, y lo que podríamos denominar *circuito de publicaciones* propio del campo de la prehistoria y la arqueología, por otra, por tratarse del campo con una implantación territorial más diversificada.<sup>80</sup>

La distribución por origen de los investigadores extranjeros que visitaron los archivos españoles en los años finales de la década presenta una fisonomía en buena medida distinta a la de las colaboraciones efectivas en publicaciones periódicas y a la evolución de las noticias bibliográficas. (*Gráfico 5.*) Así, sobresale el número de hispanistas anglosajones. Frente a la escasez de colaboraciones, que nunca superan la quinta parte en las adiciones parciales, y sin duda teniendo en cuenta la importancia de la recepción de americanistas por parte del Archivo General de Indias, los investigadores anglosajones en archivo ascienden al tercio aritmético. Entre ellos cabe destacar la presencia de autores de la relevancia de John Lynch, Gabriel Jackson, Richard Herr, Robert Tate, Lewis Hanke o Ignatius Burns, entre otros. Por el contrario, los hispanistas franceses representan algo menos del 30%. La nómina, mucho más célebre y conocida, contiene nombres como Fernand Braudel, Marcelin Deforneaux, Hanri Lapeyre, Didier Ozanam, Claude Carrere, Pierre Vilar, Marcel Durliat o Bartolomé Bennasar. Los investigadores italianos, que representan más del 22% de las noticias bibliográficas, apenas suponen el 7% de los investigadores extranjeros en archivo, con autores como Mario Del Treppo, Federico Chabod o Pas-

**Gráfico 5**  
Distribución por origen de los investigadores extranjeros en archivos españoles, 1957-1959



Fuentes: *Guía de investigadores. Año 1957*, Madrid, Ministerio de Educación Nacional, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1959; *Guía de investigadores. Año 1960*, Madrid, Ministerio de Educación Nacional, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1961; *Guía de investigadores. Años 1958-1959*, Madrid, Ministerio de Educación Nacional, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1960.

quale Villani. Y lo contrario ocurre con la historiografía alemana, que impulsada por el americanismo supone el 16% de los investigadores extranjeros y apenas el 10% de las noticias bibliográficas, con visitantes de la altura de Odilo Engels, Hans Juretschke, Richard Konetzke, Hermann Kellenbenz o Johannes Vincke.

En síntesis, ninfa o monstruo, Frankenstein o Lolita, la historiografía española se reincorporó al contexto internacional en los años cincuenta de forma lenta, paulatina y subordinada, lo que determinó en último término una dinámica de intercambio desigual incluso en los ámbitos de la investigación histórica en los que se partía de ventajas comparativas fundamentales. De esta faceta de la débil apertura intelectual de los historiadores españoles deriva la absorción deficiente de las corrientes internacionales y la subordinación mimética observada en las décadas posteriores.

Con todo, no debemos confundir, a pesar de sus evidentes conexiones, la reincorporación internacional con la recepción de corrientes, teorías, tendencias o influencias personales en la investigación. Analizar este segundo objeto requiere agotar una mayor cantidad de fuentes y adentrarse en los resortes ideológicos y epistemológicos del cambio generacional que opera unos años más tarde, en torno a la segunda mitad de los años sesenta.

Francia fue sin duda el ámbito de reanclaje más importante. A su situación geográfica, que propició no sólo que a París acudiera un grupo mayor de jóvenes profesionales, que allí se hicieron con ideas, amistades y obras profundamente renovadoras en cuyo espejo se miraron en sus siguientes trabajos, hay que añadir una tradición hispanista importante que lejos de romperse tras la guerra civil observó una substancial renovación generacional reflejada en los registros de investigación archivística.

Además, Francia actuó de puente entre la historiografía española y la alemana. A través de Francia –y de su interpretación de la historiografía germana tras la segunda guerra mundial– disminuyeron los efectos de un importantísimo desanclaje teórico y metodológico de la historiografía alemana por parte de la comunidad profesional española. Si antes de la guerra civil una buena parte de la elite arqueológica, medievalista e histórico-jurídica había recibido formación germánica a través de las pensiones de la Junta para la Ampliación de Estudios, primero el desarrollo de la guerra civil y más tarde la guerra mundial recortaron ampliamente las relaciones culturales. Más de tres cuartas partes de las noticias bibliográficas germánicas contenidas en la revista *Hispania* entre 1949 y 1960 se acumulan hasta 1954.

A partir de la segunda mitad de los años cincuenta, manteniéndose el predominio de la influencia francesa, la historiografía italiana toma el relevo de la alemana. El Mediterráneo pasa a convertirse en una importante categoría de territorialización en el trabajo del historiador español, al tiempo que crece y se desarrolla la investigación académica en torno a las universidades de Valencia, Barcelona y Zaragoza, y su influencia en las demás universidades del Estado.

Ante la deficiencia de la reincorporación oficial y generalista, las especialidades de investigación y las escuelas disciplinares, principalmente a partir del segundo tercio de la década, marcaron la pauta de la integración profesional. Hemos mostrado el caso de la prehistoria y la arqueología porque fue el ámbito en que más claramente se observa el proceso. El medievalismo y el modernismo, aunque más lentamente, seguirían los mismos pasos ya en los años sesenta.

A partir de aquí se hace necesaria una línea de investigación que permita mostrar cómo esta dinámica afectó a la estructura profesional de la historiografía española y cómo el capital simbólico que representa actuar de introductor de prácticas historiográficas europeas fue gestionado por una generación de investigadores y docentes en la proyección de carreras académicas y en su labor de promoción disciplinar, metodológica y editorial. Esta generación, con sus raíces asentadas en los años cincuenta y sesenta, fue la protagonista de la transición de la historiografía española en los años setenta y ochenta.

## NOTAS

1. Este texto constituye el desarrollo de la parte final de la intervención llevada a cabo en el marco de las Jornadas sobre «Problemas, fuentes y métodos para el estudio del franquismo/ *Arazoak, iturriak eta metodoak frankismo garaia ikertzeko tenovean*» celebradas en Pamplona los días 7 y 8 de noviembre de 2002 bajo el auspicio del Instituto de Historia Económica y Social Gerónimo de Uztáriz, con el título «La normalización de la historiografía española, 1948-1965». Quiero agradecer de nuevo la invitación a formar parte del grupo de ponentes y la generosidad y complicidad del trato recibido durante mi estancia en Pamplona, personificada en los profesores Emilio Majuelo y José Miguel Lana.
2. Universitat de les Illes Balears.
3. Vid. Vladimir V. Nabokov; *Lolita*, Barcelona, Anagrama, Trad. Francesc Roca, 2002, pp. 22 y ss., también Roberto Calasso; *La literatura y los dioses*, Barcelona, Anagrama, 2002, pp.38-39 y Diana Butler; «Lolita Lepidoptera», en Phyllis A. Roth ed.; *Critical Essays on Vladimir Nabokov*, Boston, 1984, pp. 59-73.
4. Vid. Félix de Azúa; «Nabokoviana» en Id.; *Lecturas compulsivas. Una invitación*, Barcelona, Anagrama, 1998,<sup>4</sup> pp.112-115.
5. Vid. Ellen Pifer; «Her monster, his nymphet: Nabokov and Mary Shelley» en Julian W. Connolly ed.; *Nabokov and his Fiction: New Perspectives*, Cambridge-New York-Melbourne, Cambridge University Press (Cambridge Studies in Russian Literature), 1999, pp.158-176, especialmente pp. 164 y ss.
6. Georg G. Iggers (Hamburgo, 1926). Iggers forma parte de la segunda generación de historiadores alemanes emigrados a Estados Unidos. Es actualmente profesor de Historia en la Universidad estatal de Nueva York en Buffalo y profesor visitante de las universidades de Darmstadt y Leipzig en Alemania. Entre sus más recientes distinciones se encuentra el prestigioso premio de investigación Alexander von Humboldt de 1995. Primordialmente especialista en historia de la historiografía alemana, desde sus estudios iniciales en torno a los orígenes de la profesión en la Universidad de Göttingen, hasta la publicación revisada en 1997 de su *Deutsche Geschichtswissenschaft. Eine Kritik der traditionellen Geschichtsauffassung von Herder bis zur Gegenwart* (Wien-Köln-Weimar, Böhlau Verlag, 1997), es sin embargo mayormente conocido en los ámbitos académicos por las síntesis interpretativas de la evolución de la historiografía en el siglo XX publicadas en las últimas décadas con el título *New Directions in European Historiography* (Wesleyan University Press, 1975) y *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert. Ein kritische Überblick im internationalen Vergleich* (Göttingen, Vanderhoeck & Ruprecht, 1993). Existe una versión española adaptada por Fernando Sánchez Marcos: *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books, 1998).
7. Jörn Rüsen (1938). Formado en Colonia, ha sido Profesor de Historia Moderna en la Universidad de Bochum hasta 1989 momento en el que pasó a profesar Historia y Teoría de la Historia en la Universidad de Bielefeld. Entre 1994 y 1997 fue Director del Centro de Investigación Interdisciplinar de la misma Universidad de Bielefeld y desde 1997 es Director del Instituto de Estudios Avanzados para las Humanidades en el Universidad de Essen. Su campo de investigación se extiende desde el siglo XVIII a la actualidad de la historiografía alemana y ha publicado en las principales revistas disciplinares. Ha dirigido, además, algunas de las principales investigaciones en su campo, cohesionando un fructífero grupo en el que se incluyen especialistas con una obra importante tales como Horst-Walter Blanke o Friedrich Jaeger.
8. Hayden White (1928) es profesor de Historia de las Ideas en la Universidad de California y de Literatura Comparada en la Universidad de Stanford. Ampliamente conocido por sus traducciones al castellano, entre las que destacan *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica* (Barcelona, Paidós, 1992), *Metahistoria. La imaginación histórica en Europa en el siglo XIX* (Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1992) y recientemente *El texto como artefacto literario* (Barcelona, Paidós, 2003), su obra ha sido, a causa de sus más amplias implicaciones culturales, mucho más tratada por los analistas historiográficos que la de Iggers o Rüsen. Vid. dos ejemplos en los monográficos dedicados a él en las revistas *History and Theory* («Hayden White. Twenty-five years on», xxxvii, 2, 1998) y *Storia della Storiografia* («Hayden White's Metahistory twenty years after», 24, 1993).
9. Vid. Georg G. Iggers, «Historiography between Scholarship and Poetry: Reflections on Hayden White's Approach to Historiography», *Rethinking History*, Iv, 3, 2000, pp.373-390, en particular pp. 374-376.
10. Vid. «Introducción: la poética de la historia», en Hayden White; *Metahistoria. La imaginación histórica en Europa en el siglo XIX*, op.cit., 1992, pp.13-50.

11. Ibid. pp. 14-15.
12. Vid. el desarrollo de este concepto y el análisis de la normalización interior en Miquel A. Marín Gelabert; «El fracaso de la normalización interior de la historiografía española en los años cincuenta», dins Los Usos públicos de la Historia. VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Zaragoza 19-21 de septiembre de 2002, vol. II, Zaragoza, 2002, pp.425-449
13. Anthony Giddens (1938). Actual director de la London School of Economics and Political Science, fue profesor de la Universidad de Cambridge entre 1970 y 1986. Chairman y Director de la editorial Polity Press (1985-), Director de Blackwell-Polity Ltd., (1985-) y Chairman y Director del Centre for Social Research (1989-). Entre sus principales obras, desde la perspectiva de la historia del pensamiento sociológico y de la interpretación sociológica de procesos contemporáneos destacan *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, London, Macmillan, 1981; *The Constitution of Society, outline of the theory of structuration*, Cambridge, Polity Press, 1984; *Sociology*, Cambridge, Polity Press, New York, Norton, 1988; *The Consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press 1990; *The Transformation of Intimacy*, Cambridge, Polity Press 1992; y *Politics, Sociology and Social Theory*, Cambridge, Polity Press, 1995;. Una bibliografía exhaustiva de y sobre el autor británico en el enlace electrónico (ha sido consultado en su versión disponible en julio de 2003) <http://www.lse.ac.uk/Giddens/publications.htm>.
14. Anthony Giddens; Consecuencias de la modernidad, Madrid, Alianza, 2000 (Versión de Ana Lizón Ramón), p. 81.
15. Vid. Juan José Carreras Ares; «El entorno ecuménico de la historiografía», en Carlos Forcadell e Ignacio Peiró coords.; *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2001, pp. 11-22.
16. John Elliott (Reading, 1930). En 1955 leyó su Tesis Doctoral por la Universidad de Cambridge sobre *Castille and Catalonia during the Ministry of the Conde Duque de Olivares*. Y apenas una década más tarde, en 1965, ya era un apreciado don del Trinity College de Cambridge. Vid. algunas confesiones autobiográficas en Jordi Doce; «Para una historia total. Entrevista con John Elliott», Cuadernos Hispanoamericanos, 580, 1998, pp. 39-54 y John Elliott; «Discurso de investidura», en Id.; *Discurso de investidura de doctor honoris causa*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1984, pp. 19-40. Algunos textos interesantes acerca de su obra en Davide Maffi; «La Spagna e l'Europa: l'opera storica di Sir John Elliott», *Rivista Storica Italiana*, cxii, 1, 2000, pp. 282-317 o el conjunto de estudios publicados en su honor en Roberto Fernández, Antoni Passola & María José Vilalta coords.; John Elliott. *El oficio de historiador*, Lleida, Millenium, 2001.
17. Vid. Gabriel Jackson; *Historia de un historiador*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993.
18. Entre ellos Felipe Ruiz Martín, Valentín Vázquez de Prada, el tempranamente malogrado Álvaro Castillo, Jordi Nadal, etc. Vid. Benoit Pellistrandi ed.; *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002. Alguna descripción del ambiente en torno al maestro-empleado Braudel en F. J. Caspistegui; «Medio siglo de Historia, medio siglo de vida: Valentín Vázquez de Prada y la Escuela de Annales. Un testimonio personal», en Jesús Mari Usunáriz ed.; *Historia y humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, vol. I, Pamplona, EUNSA, 2000, pp. 13-32; Ángel García Sanz; «Felipe Ruiz Martín y la historia económica de la España Moderna», en Esteban Sarasa Sánchez & Eliseo Martín Serrano coords.; *Historiadores de la España Medieval y Moderna*. Revista de Historia Jerónimo Zurita, 73, 1998 (2000), pp. 311-324; o «Jordi Nadal: esbós biogràfic», en Carreras, Albert; Pascual, Pere; Reher, David & Sudrià, Carles editors; Gutiérrez, Manuel coord.; *Doctor Jordi Nadal. La industrialització i el desenvolupament econòmic d'Espanya*, vols. I, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, 1999, pp. 26-32. Desde una perspectiva más amplia de la vida en París y principalmente en torno a Pierre Vilar, vid. Patricia Círez Miqueleiz; «Un camino sin tregua: aproximación a las aportaciones de los exiliados e hispanistas al desarrollo de la historiografía española de los años 60», en Carmen Frías Corredor y Miguel Ángel Ruiz Carnicer coords.; *Nueva. Tendencias Historiográficas e Historia Local en España*. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Universidad de Zaragoza, 2001, pp. 417-434. No debemos olvidar que durante ese mismo periodo e español Julio Caro Baroja fue Jefe de Estudios de la Vª Sección de l'École.
19. Vid. *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje* Madrid, Cátedra, 1994; *The Construction of Social Reality*, Nueva York, Free Press, 1995; e *Intentionality. An Essay on Philosophy of Mind*, Cambridge, University Press, 1983. La distinción entre hecho institucionales y hechos brutos recae en la mediación comunitaria. Algunos hechos existen ajenos : esta mediación significan o valen aparte de nosotros y de nuestras creencias o acuerdos. Que el centr

- geográfico de la Península Ibérica esté en Madrid o que una compilación de hojas de papel impreso encuadradas formando un volumen es un libro puede ser considerado un hecho bruto. Sin embargo, si estas hojas encuadradas poseen una serie de características codificadas (p.e. autoría individual, proceder de una investigación histórica original, haber sido revisadas por un Director, haber sido confeccionado con la misión de ser presentado y defendido ante un tribunal profesional, etc.), el libro, sin dejar de serlo, se convierte además en una Tesis Doctoral y con ello en un hecho institucional que significa y vale de forma diferente.
20. Vid. Boletín Oficial del Estado, 12 de julio de 1954, marginal 1068.
21. Sin pretender señalar un fenómeno de causa-efecto monofactorial, esta situación incidió en la consolidación de un determinado profesorado en universidades periféricas cuyas expectativas finales no fueron su aterrizaje en Madrid. Esta incidencia es observable en el cambio de tendencia de la relación de las variables «ingresos en Cátedra» y «circulación de Catedráticos» coincidiendo con las dos fases institucionales intermedias. Sin embargo como fenómeno que caracteriza un proceso más amplio, no aparecerá hasta los años finales de la década de los sesenta y principios de los setenta. Esta cuestión es tratada con más detenimiento en Miquel A. Marín Gelabert; «Historiadores universitarios e historiadores locales. La transición de la historiografía española, 1948-1975» en Carmen Frías Corredor y Miguel Ángel Ruiz Carnicer coords.; *Nuevas Tendencias Historiográficas e Historia Local en España*. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Universidad de Zaragoza, 2001, pp. 459-490.
22. Sea entendida ésta como un todo único o como un todo divisible articulado con diferenciación de tareas.
23. «[...] Podemos hablar de fiabilidad tanto al referirnos a las señales simbólicas como a los sistemas expertos, pero teniendo en cuenta que ello descansa sobre la correlación de unos principios que desconocemos [...]». Vid. una definición completa en Anthony Giddens, *Consecuencias de la Modernidad*, op.cit., pp. 39-44, cita de la p. 42.
24. Id.
25. «[...] La institucionalización aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de las acciones habitualizadas por tipos de actores [...]». Vid. Peter L. Berger & Thomas Luckmann; *La construcción social de la realidad*, op.cit., p. 76.
26. Vid. Anthony Giddens, *Consecuencias de la Modernidad*, op.cit., p.81. Vid. también «Institutions, Reproduction, Socialisation» en *Central problems in social theory. Action, structure and contradiction in social analysis*, London, Mc Millan, 1983, pp. 96-130.
27. «[...] *I com ell, tants i tants milers de ciutadans que varen reconstruir o, simplement, construir la seva vida sota el franquisme a partir de 1939. Es podria dir quelcom molt semblant de Jaume Vicens. Aquets llibre és, d'alguna manera, la història de dos exiliats catalans que varen viure l'exili a l'interior del seu país [...]*» Vid. Jaume Sobrequés i Callicó «Història d'una amistat»; en Id. ed. & Mercè Morales i Montoya col.; *Història d'una amistat. Epistolari de Jaume Vicens Vives i Santiago Sobrequés i Vidal (1929-1960)*, Girona, Ajuntament de Girona-Ed. Vicens Vives, 2000, pp. xxxv-xliv. Cita de la p. xvii.
28. Vid. Josep Termes; «La historiografía de la postguerra i la represa de Jaume Vicens Vives», en *VVAA; La historiografía catalana*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1990, pp. 37-52, en particular p. 44.
29. Una síntesis de estas posturas en Ricardo García Cárcel; «Jaime Vicens Vives», en Esteban Sarasa Sánchez & Eliseo Martín Serrano coords.; *Historiadores de la España Medieval y Moderna*. Revista de Historia Jerónimo Zurita, 73, 1998 (2000), pp. 283-310.
30. Vid. J. de Munck; «La institución según John Searle», *Pensamiento*, LVI, 215, 2000, pp. 209-236.
31. Vid. Pierre Bourdieu; *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagarama, 1999, p. 148.
32. El estudio de las redes sociales se basa en cuatro premisas teóricas: a) Los actores son agentes independientes en los sistemas sociales, b) Existen vínculos o relaciones objetivas entre los canales de información que utilizan dichos actores, c) La estructura de estas relaciones es abordable en términos de posibilidad o constricción de las capacidades de los actores, y d) Los modelos de relación entre los actores definen de hecho las estructuras sociales, políticas y económicas del grupo o comunidad. Inicialmente desarrolladas en estudios de historia de la familia, las técnicas de análisis de redes sociales, en particular las matrices que relacionan vínculos multivariantes e identifican densidades, acceden a la dimensión y a la centralidad de actores individualizados y permiten observar y cuantificar fenómenos de equivalencia estructural. Con ello permiten superar los estudios egocéntricos en favor de variables comunitarias y parecen ajustarse en principio a los objetivos de un estudio en el campo de la historia de la historiografía. Vid. Charles Wetherell, A. Plackans

- & B. Wellman; «Social networks, kinship and community in Eastern Europe», *Journal of Interdisciplinary History*, 24, 1994, pp. 639-663; Charles Wetherell; «Historical Social Network Analysis», en Larry J. Griffin & Marcel van der Linden; *New Methods for Social History*, *International Review of Social History*, XLIV, supplement 6, 1998, pp. 125-144 y Bonnie H. Erickson; «Social Networks and History», *Historical Methods*, XXX, 3, 1997, pp. 149-158.<sup>33</sup> Charle analizó las noticias necrológicas publicadas en *Revue Historique*, entre su fundación y la ruptura bélica de 1935, con el objetivo de acceder a fenómenos identitarios y referenciales en la propuesta social y profesional en torno a Gabriel Monod. Vid. Christophe Charle; «Comment Gabriel Monod faisant parler les morts: les modèles de référence du rôle social du savant» en *Le rôle de l'historien. De la chaire au Prétoire*, Paris, Albin Michel, 2003, pp. 149 y ss.
34. Un magnífico estudio que aúna la teoría de los campos culturales de Pierre Bourdieu y las técnicas matriciales (*blockmodeling*) a partir de redes sociales a propósito de la comunidad de escritores de Colonia, en Helmut K. Arheiter, Jürgen Gerhards & Frank P. Romo; «Forms of Capital and Social Structure in Cultural Fields: Examining Bourdieu's Social Topography», *American Journal of Sociology*, C, 4, 1995, pp. 859-903.
35. Algunos textos para la comprensión de la evolución del hispanismo en la segunda mitad del siglo XX en los monográficos Ismael Saz ed.; *España: la mirada del otro*. Ayer, 31, 1998; y *El hispanismo y la historia contemporánea de España*. Historia Contemporánea, 20, 2000. Una buena fuente para seguir la percepción de la historiografía española en la comunidad profesional francesa en Marcelin Defourneaux; «Histoire d'Espagne. Moyen Age. Années 1936-1947 (i)», *Revue Historique*, 200, 1948, pp. 85-108, «Histoire d'Espagne. Moyen Age. Années 1936-1947 (fin)», *Revue Historique*, 200, 1948, pp. 219-236 y «Les Études historiques en Espagne au début de 1960», *Revue Historique*, 224, 1960, pp. 401-408; o bien Charles-Emmanuel Dufourcq & Jean Gautier-Dalche; «Histoire de l'Espagne au Moyen Age. Publications des années 1948-1969 (1ère partie)», *Revue Historique*, 245, 1971, pp. 127-168 y «Histoire de l'Espagne au Moyen Age. Publications des années 1948-1969 (2ª partie)», *Revue Historique*, 245, 1971, pp. 443-482. No existen equivalentes en el ámbito historiográfico británico o alemán.
36. Vid. José Vives; «Hispanismo de la sociedad Goerres», *Arbor*, 119, 1955, pp. 371-374.
37. Vid. José Luis Varela; «La Casa de Velázquez y el Hispanismo francés», *Arbor*, 163-164, 1959, pp. 429-436, y Benoit Pellistrandi ed.; *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, op.cit. Para el periodo posterior vid. Augustin Redondo; «El hispanismo francés, de los años sesenta a la actualidad: organización y tendencias» en Ch. Stroszki, J. Fr. Botrel & M. Tietz eds.; *Actas del I Encuentro Franco-Alemán de Hispanistas*, Frankfurt am Main, Vervuet Verlag, 1991, pp. 41-50.
38. Vid. Theodore S. Beardsley Jr.; «Instituciones norteamericanas dedicadas al hispanismo», *Arbor*, CXVI, 451-454, 1983, pp. 195-206 y Rafael Olivar Bertrand; «Cincuenta años de fecundo hispanismo [La H.S.A.]», *Arbor*, 111, 1955, pp. 472-476.
39. Vid. Pedro Carasa; «La investigación histórica en el siglo XX: un largo camino de profesionalización universitaria», en *Las claves de la España del siglo XX*. La cultura, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, pp. 75-126 e id. et alii.; «La investigación histórica en el Archivo de Simancas durante el siglo XX», en *El siglo XX: balance y perspectivas*. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Valencia, Universitat de València, 2000, pp. 41-62. En realidad ambos textos abordan el devenir de la investigación llevada a cabo en torno a la institución de Simancas.
40. En mucha menor medida, también en Estados Unidos, vid. José A. de Sobrino; *Índice de intelectuales españoles en EEUU, 1946-1952*, Madrid, 1953 y Enrique Ruiz-Fornells, dir.; *Estudiantes españoles en los Estados Unidos. Diez años de intercambio*, Madrid, Asociación Cultural Hispano-americana, 1956.
41. Sobre el devenir de los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas vid. Karl Dietrich Erdmann; «A History of International History Congresses. A Work in progress», *Storia de la Storiografia*, 8, 1983, pp. 8-23 y *Die Ökumene der Historiker. Geschichte der Internationalen Historikerkongresse und des Comité International des Sciences Historiques*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1987; y Juan José Carreras Ares; «El entorno ecuménico de la historiografía», art.cit.
42. Vid. Ignacio Olábarri; «La recepción en España de la 'revolución historiográfica' del siglo XX», en Vázquez de Prada, V., Olábarri, I. y Floristán, A.; *La historiografía en occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, Pamplona, EUNSA, 1985, pp. 87-109 y «El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)», art. cit.
43. Vid. «Antonio Domínguez Ortiz» en Mauricio Ja

- lón & Fernando Colina; *Los tiempos del presente. Diálogos*, Valladolid, Cuatro Ediciones, 2000, pp. 68-87, cita de las pp. 74-75.
44. Vid. Karl Dietrich Erdmann; «A History of International History Congresses. A Work in progress», art. cit.
45. La guerra fría llegaba con toda su crudeza al ámbito de las relaciones profesionales internacionales. En este sentido, recuérdese que el Congreso de París prohibió la asistencia a historiadores rusos que un hubieran acreditado su disidencia. Esta situación se resolvió, en relato del P. Miquel Batllori, en el X Congreso gracias a las dotes diplomáticas de su presidente Federico Chabod. Vid. Miquel Batllori; «Els congressos Internacionals de Ciències Històriques» en *Records de quasi un segle*, op. cit., pp. 261-265.
46. Una versión oficialista, contradictoria de la que el mismo autor ofrecía cuatro décadas antes, en Eloy Benito Ruano; *El Comité Internacional, el Comité Español y los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas*. Anexo Informativo con motivo del XVII Congreso Intercanial de Ciencias Históricas, Madrid, 1990, 34p.
47. Vid. «IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas», *Revista de Indias*, 41, 1950, pp. 700-701; «Congreso Internacional de Ciencias Históricas», Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón, IV, 1951, pp. 688-689; «IC Congrès International des Sciences Historiques», *Hispania*, 40, 1950, p. 629.
48. «El Congreso Internacional de Historia de París», Destino, 684, 16 de septiembre de 1950. Utilizamos la reproducción del artículo recogida en el vol. II de sus Obras dispersas, op.cit., pp.477-478.
49. Carta a Felipe Ruiz Martín fechada día 17 de septiembre de 1950. En *Epistolari de Jaume Vicens Vives*. Vol. II.; op. cit., pp. 394-395.
50. Previamente publicada en Revista de Indias.
51. Vid. Eloy Benito Ruano; «España y la colaboración histórica internacional», *Hispania*, 53, 1953, pp. 676-688.
52. Vid. «El X Congreso Internacional de Ciencias Históricas», *Arbor*, 119, 1955, pp. 330-333. y Eloy Benito Ruano; «El X Congreso Internacional de Ciencias Históricas y la Asamblea General del Comité Internacional», *Hispania*, 61, 1955, pp. 470-479.
53. «Presentación», en Eduardo Ripoll dir.; *Miscelánea Arqueológica*, vol. I., XXV Aniversario de los Cursos de Ampurias (1947-1971), Diputación de Barcelona, Instituto de Prehistoria y Arqueología, 1974, pp. VII-XXIV.
54. Los congresos de Historia de la Corona de Aragón fueron creados en la primera década del siglo XX por iniciativa del Archivo de la Corona de Aragón, el Ayuntamiento de Barcelona y la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona con motivo de la celebración del centenario de Jaime I. Posteriormente se celebrarían en Huesca (1920) y Valencia (1923) en el que se acordó que el siguiente congreso se celebraría en Palma de Mallorca. Diversas circunstancias lo impidieron. De este modo, en el contexto de reorganización institucional de la alta cultura, con el soporte de las instituciones locales del Consejo (en particular la Institución Alfonso el Magnánimo de Valencia y la Institución Fernando el Católico de Zaragoza) y de la Escuela de Estudios Medievales, se celebró en Zaragoza el Vº Congreso en 1952 y, respetando el ordinal adjudicado tres décadas antes, el IVº Congreso en Palma de Mallorca en 1955. En 1957 la sede sería Cagliari (Italia) y en 1962 el VII Congreso se celebraría en Barcelona. En realidad, la celebración de estos congresos se mantiene vigente en nuestros días. Como resulta evidente, en los años cincuenta los congresos de Historia de la Corona de Aragón fueron el ámbito natural de socialización de la historiografía catalana polarizada en un principio entre los partidarios de la renovación de Vicens y de la obra de Soldevila. Junto a ellos, la escuela de Lacarra en Zaragoza y una importante, aunque menor, participación valenciana en torno a Miguel Gual Camarena completaban un elenco enriquecido por figuras como el P. Miquel Batllori, el P. Robert Burns, S. I., Johannes Vincke, Josep Mª Font i Rius, Luis Pericot o Millás Vallicrosa, además de los diversos núcleos archivísticos en torno a Angel Canellas, Martínez Ferrando, Madurell, Udina, Pons Marqués, etc. Vid. además de las reseñas y crónicas publicadas en las actas de cada uno de los Congresos, Frederic Udina i Martorell; «Els Congresos d'Història de la Corona d'Aragó (1908-1990)», *Revista de Catalunya*, 46, 1990, pp. 72-82 i Miquel Batllori; «El Congresos de la Corona d'Aragó» en Id.; *Record de quasi un segle. Recollits per Cristina Gatell i Glòria Soler*, Barcelona, Quaderns Crema, 2000, pp. 257-261.
55. Antes de la guerra civil, la prehistoria fue muy probablemente el ámbito profesional de intercambio y formación que más contactos cultivara con Europa. El ejemplo más conocido es el de los pensionados por la Junta para la Ampliación de Estudios. Vid. Margarita Díaz-Andreu; «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios de la Junta para la Ampliación de Estudios (I) Pedro Bosch Gimpera», *Madrider Mitteilungen*, 36, 1995, pp. 79-89 y «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX. Los becarios

- de la Junta para la Ampliación de Estudios», *Madrider Mitteilungen*, 37, 1996, pp. 205-224.
56. Vid. Programa oficial. Secciones Científicas. IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Madrid, 1954, 37p.
57. Bosch Gimpera envió una comunicación que fue publicada. Es posible seguir mínimamente su percepción del Congreso a través de Francisco Gracia, Josep M. Fullola & Francesc Vilanova; *58 anys i 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002, cartas 186 y 187, pp. 336-340.
58. Vid. Juan Maluquer de Motes; «La investigación prehistórica española después del congreso de ciencias prehistóricas y protohistóricas de Madrid», *Zephyrus*, V, 2-3, 1954, pp. 213-217, Eduardo Ripoll Perelló; «El IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas», *Ampurias*, XVII-XVIII, 1955-1956, pp. 305-309 y Martín Almagro Basch; *IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, Zaragoza, 1954, 38p.
59. Vid. Margarita Díaz-Andreu & M. Ramírez; «La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (1939-1955): la administración del Patrimonio Arqueológico en España durante la primera etapa de la dictadura franquista», *Complutum*, 12, 2001, pp. 325-343. Para una imagen general de la arqueología y la prehistoria española del momento vid. Francisco Jordá Cerdá; «Medio siglo de investigación prehistórica en España», *Zephyrus*, XV, 1964, pp. 114-134; Luis Pericot; «Los progresos de la arqueología prehistórica en España», *Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma*, VII, 1955, pp. 219-238 y «La investigación del Paleolítico Superior en España», *Índice Histórico Español. Bibliografía Histórica de España e Hispanoamérica*. Vol. X (1964), Barcelona, Eds. de la Universidad de Barcelona, 1968, pp. XI-XXXII; M<sup>a</sup> Isabel Martínez Navarrete; «La prehistoria española en los últimos cincuenta años: teoría y práctica», *Hispania*, L/2, 175, 1990, pp. 439-457, Margarita Díaz-Andreu & Gloria Mora; «Arqueología y política: el desarrollo de la arqueología española en su contexto histórico», *Trabajos de Prehistoria*, 52, 1, 1995, pp. 25-38 y Margarita Díaz-Andreu; «Teoría e ideología en arqueología» en Id.; *Historia de la Arqueología en España. Estudios*, Madrid, Clásicas, 2002, pp. 89-102.
60. Vid. VVAA; *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958; o bien Manuel Gallego Morell; «Grandeza espiritual del Centenario de Carlos V», *Arbor*, 153, 1958; VVAA; *Charles V et son temps*, Paris, CNRS, 1972 (actas del congreso de 1958) y sobre todo, Eloy Benito Ruano; «El IV centenario de la muerte de Carlos V. Crónica y bibliografía», *Hispania*, XVIII, 73, 1958, pp. 742-782.
61. Vid. F.J. Caspistegui, «Medio siglo de historia, medio siglo de vida: Valentín Vázquez de Prada y la escuela de Annales. Un testimonio personal», en Jesús Mari Usunáriz ed.; *Historia y humanismo. Estudios en honor el profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, I. Pamplona, EUNSA, 2000, pp. 13-32, cita de las pp. 15-17.
62. Citado en Pierre Daix; *Brandel*, Flammarion, Paris, 1995, p. 358.
63. Vid. Antonio Morales Moya; «Entrevista del profesor Antonio Morales Moya al autor» en José María Jover Zamora; *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 9-24, cita de la p. 14.
64. Vid. *Saeculum Jahrbuch für Universalgeschichte. Inhaltsverzeichnis der Bände 1 (1950) - 18 (1967)*, München-Freiburg, Verlag Karl Alber, 1967.
65. «Panorama of current spanish historiography», *Cahiers d'histoire mondiale*, UNESCO, 1961, pp. 1023-1038.
66. Vid. «The Revolt of Catalonia against Philip IV», *Past and Present*, 29, 1964, pp. 105-111.
67. Vid. *Índice bibliográfico de los Cuadernos de Historia de España (1944-1979)*, Buenos Aires, Instituto de Historia de España, 1979.
68. Hemos incluido el Noticario Arqueológico Hispánico en el circuito a pesar de que en él no publicara ningún autor extranjero en todo el período. En este caso, la exclusión de colaboraciones foráneas en una publicación oficial como esta deriva de una decisión política tan relevante como lo hubiera sido su inclusión. Sólo han sido tratadas las publicaciones dedicadas en exclusividad a la Prehistoria o la Arqueología. En este sentido, no hemos incluido el Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid.
69. Vid. Pedro Bosch Gimpera; «Celtas e Ilirios», *Zephyrus*, II, 3, 1951, pp. 141-154 y «Problemas de la Historia fenicia en el extremo occidente», *Zephyrus*, III, 1, 1952, pp. 15-30; «La Edad de Bronce de la Península Ibérica», *Archivo Español de Arqueología* xxvi, 1-2, 1954, pp. 45-92 y «El Neolítico europeo y sus pueblos: el problema indoeuropeo», *Zephyrus* ix, 2, 1958, pp. 141-162.
70. La recepción de la obra de V. G. Childe en Margarita Díaz-Andreu; «Gordon Childe y la Arqueología en España y Portugal», en Id.; *Historia de la Arqueología en España. Estudios*, op.cit., pp. 71-88.

71. Vid. Archivo Histórico de la Universidad de Barcelona, Expediente de Luis Pericot García, nº 878, legajo 3º.
72. Aceptando el historiador como agente y la publicación como acción objetiva (1/0), la matriz de relaciones entre publicaciones periódicas y autores foráneos permite observar dos elementos de gran valía para el análisis de la red social: la densidad y la centralidad de determinados actores, publicaciones periódicas y formas de colaboración. La densidad de relaciones establecidas (razón de las relaciones cumplidas sobre las relaciones posibles) muestra la relevancia estructural de las colaboraciones efectivas. En el caso de eliminar de la cuantificación al Noticiario Arqueológico Hispánico este valor ascendería al 31,6%. En cambio, la dispersión de los colaboradores muestra que existió una tímida agrupación de autores en torno a los cuales se estructurara la colaboración foránea en el caso de la arqueología y la prehistoria un ejemplo de los cuales sería el francés Jean Arnal, que acumuló una docena de publicaciones y cuya influencia se consolidó en el ámbito de expansión de la escuela catalana.
73. Vid. Luis Pericot; «Mis recuerdos del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia» en VVAA; *L Aniversario de la Fundación del Laboratorio de Arqueología 1924-1974*, Universidad de Valencia, 1975, pp. 15-20; Francesc Vilanova i Vila-Abadal; «Guerra i mort de la l'Escola de Barcelona (i de la Universitat Autònoma de Barcelona)» en Francisco Gracia, Josep M. Fullola & Francesc Vilanova; *58 anys i 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*, op.cit., pp. 61-88; Luis Pericot, «Los progresos de la arqueología prehistórica en España», *Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma*, VII, 1955, pp. 219-238.
74. Vid. Charles Verlinden; «A propos de la politique économique des Ducs de Bourgogne à l'égard de l'Espagne», *Hispania*, x, 41, 1950, pp. 681-715.
75. Vid. Jordi Doce; «Entrevista a John Elliott», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 580, 1998, pp. 39-54.
76. Ibid. p.51.
77. Vid. Peter A. Linehan; «Preface» en *The Spanish Church and the Papacy in the 13th Century*, Cambridge University Press, 1971. En esta línea Vid. E. J. Burrus, S. J.; «An Introduction to Bibliographical Tools in Spanish Archives and Manuscript Collections Relating to Hispanic Area», *Hispanic American Historical Review*, 35, 1955; y J. C. M. Ogelsby; «Graduate Research in Europe» *The Historian. A Journal of History*, xxv, 3, 1963, pp. 283-291.
78. Ibid. p. 53.
79. Vid. John Elliott; *Discurso de investidura de Doctor «honoris causa» por la Universidad Autónoma de Madrid*, Madrid, UAM, 1984, pp. 23-24.
80. Renunciamos a abordar los cursos propios de Universidades Internacionales como la Menéndez Pelayo de Santander o la Hispanoamericana de Santa María de La Rábida.

## RESUMEN

Los años cincuenta representan la primera fase del proceso que llevará a la modernización definitiva de la historiografía profesional española del siglo XX tras la ruptura esencial representada por la guerra civil. Uno de los elementos primarios de modernización potencial es el reencuentro inicial con la comunidad internacional —principalmente europea—, abandonada tras 1939, que a partir de estos años recuperaría la observación de la historia de España como un extraño y exótico objeto de disección y de fascinación. Por contra, maravillada por las primeras ráfagas de luz provenientes del mundo exterior, la historiografía española iniciará las subsiguientes etapas de su metamorfosis hacia la madurez de la mano de una comunidad profesional internacional, del cual irá adoptando formas, mimetizando actitudes y prácticas, a partir de un proceso de ósmosis no siempre exitoso.

## LABURPENA

Espainiako Historiografia profesionalaren modernizazioa, XX. mendeko 50.eko hamarkadan hasi zen, bada, Gerra Zibilak ekarri zuen etena emendatzen hasi zen. Modernizazio prozesu honen hasiera, nazioarteko komunitatearekin —europarrarekin bereziki— harremanetan sartzea dugu. Hasiera batean, Espainiako historia bitxitasun gisa hartu zuten, alta, ondorengo urteetan metamorfosia gertatu zen; espainiar historiografiak nazioarteko komunitatearen moldeak mimetizatu, eta osmosis prozesu batean sartu zen, prozesu hau ez zen beti arrakastatsu izan.

## ABSTRACT

The 1950s represent the first stage in the process which would lead to the definitive modernisation of professional Spanish historiography in the 20th century, after the essential break-up represented by the civil war. One of the primary elements of modernisation potential is the initial reencounter with the international community (mainly European), abandoned after 1939, which from then on observed Spanish history as a strange yet exotic object of dissection and fascination. In contrast, astonished by the first flashes of light coming from the outside world, Spanish historiography was to initiate the subsequent stages of its metamorphosis towards maturity at the hands of the professional international community, from which it adopted forms, imitating attitudes and practices starting from a not always successful process of osmosis.